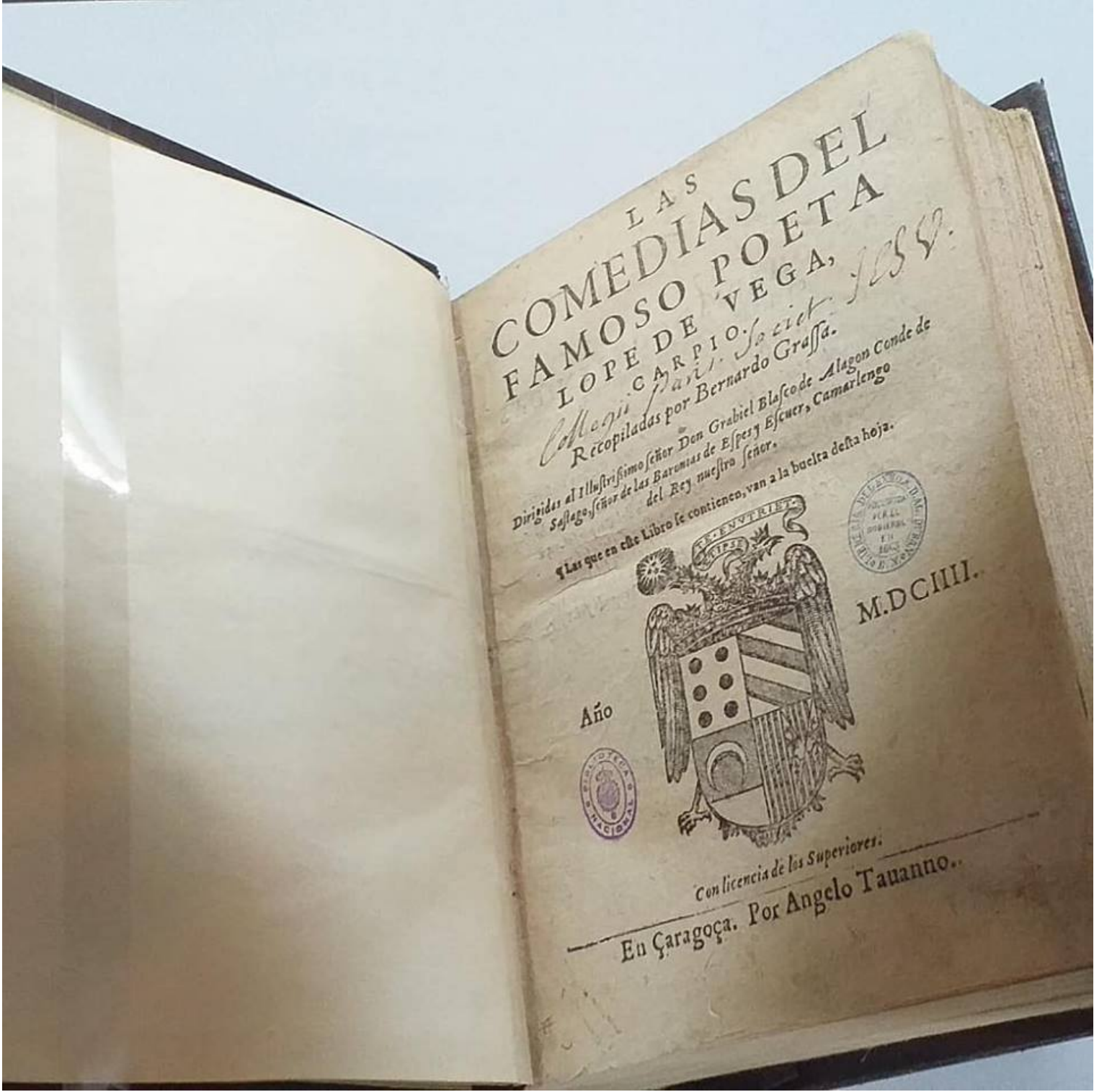


Breves historias de la Literatura, Para llenar el corazón de un hombre

Marbato Ruiz Lima



Capítulo 1

Breves Historias de la Literatura IV. Para llenar un corazón de hombre.

ALBERT CAMUS Y EL MITO DE SÍSIFO

Los dioses habían condenado a Sísifo a subir sin cesar una roca hasta la cima de una montaña desde donde la piedra volvía a caer por su propio peso. Habían pensado con algún fundamento que no hay castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza.

Eso creyeron los dioses que, con su absoluto poder, conseguirían doblegar el espíritu inteligente e indomable de Sísifo. Pensaron que una simple condena infinita en un trabajo sin esperanza y agotador lograría que el corazón de Sísifo, tejedor de ardidés, y su inteligencia, capaz de engañar a los dioses y descubrir, encadenando a Tánatos los secretos de la inmortalidad, se diluyeran como un azucarillo en el agua, esa bendición del agua que Sísifo prefirió a los rayos celestes.

Sísifo, que como todo hombre fue sabio alguna vez y, alguna vez, bandido; que fue capaz del bien absoluto y del mal despótico durante la vida que vivió; propietario como todo hombre de pecados y bondades; acabó siendo procesado, capturado y encadenado después de que fuera decretada su condena: ***Su desprecio de los dioses, su odio a la muerte y su apasionamiento por la vida le valieron ese suplicio indecible en el que todo el ser se dedica a no acabar nada.*** El mismo Hermes ha venido a arrastrarlo hacia el Hades, allí tiene preparada una gran piedra forjada por Titanes y una gran montaña a cuya cima llegará penosamente cada día arrastrando la roca que es su condena; y que volverá a caer, obligando a Sísifo a volver a subirla con la conciencia de que una vez en la cima la piedra caerá de nuevo.

Al final de ese largo esfuerzo, medido por el espacio sin cielo y el tiempo sin profundidad, se alcanza la meta. Sísifo ve entonces cómo la piedra desciende en algunos instantes hacia ese mundo inferior desde el que habrá de volver a subirla hasta las cimas, y baja de nuevo a la llanura.

Terrible condena, ¿verdad?, pero los dioses no han pensado en el camino de vuelta, cuando Sísifo regresa para recoger la enorme piedra. Zeus, Hermes, Tánatos y Ares sólo han pensado en la condena, en el infinito esfuerzo inútil de arrastrar una enorme piedra que vuelve a caer una y otra vez. Sísifo no tiene ninguna esperanza de que la piedra se quede alguna vez en la cima y por fin pueda descansar; pero eso no quiere decir que haya sido derrotado. ***Sísifo, proletario de los dioses, impotente y rebelde, conoce toda la magnitud de su miserable condición: en***

ella piensa durante su descenso. La clarividencia que debía constituir su tormento consume al mismo tiempo su victoria. No hay destino que no se venza con el desprecio. Con el desprecio y la alegría.

Por eso me fui de viaje a Argel, para saludar al único hombre, hijo de una sordomuda que no sabía leer y huérfano de un joven movilizado por la vorágine de la guerra, muerto en la batalla del Marne, que creyó que Sísifo podía vencer el castigo con la alegría: **Por lo tanto, si el descenso se hace algunos días con dolor, puede hacerse también con alegría. Esta palabra no está de más. Sigo imaginándome a Sísifo volviendo hacia su roca, y el dolor estaba al comienzo. Cuando las imágenes de la tierra se aferran demasiado fuertemente al recuerdo, cuando el llamamiento de la felicidad se hace demasiado apremiante, sucede que la tristeza surge en el corazón del hombre: es la victoria de la roca, la roca misma.** Incluso en el absurdo sin esperanza puede surgir la alegría, por esa rendija que la vida abre en el camino de vuelta.

El obrero actual trabaja durante todos los días de su vida en las mismas tareas y ese destino no es menos absurdo. Pero no es trágico sino en los raros momentos en que se hace consciente. A la vuelta, incluso sin esperanzas, puede hallar la alegría. A Sísifo le han robado las esperanzas, lo han hundido en el absurdo, en un esfuerzo que no terminará nunca, pero es en el descenso, en esos momentos en los que vuelve para recuperar la piedra infinita, donde es capaz de vivir la alegría.

El esfuerzo mismo para llegar a las cimas basta para llenar un corazón de hombre. Hay que imaginarse a Sísifo dichoso, porque en ese camino de vuelta para volver a su condena, a pesar del absurdo que lo rodea, encuentra seres mágicos y bienaventurados momentos.

YO NACÍ GRITANDO GOL; CAMUS, EL PRIMER HOMBRE, Y GALEANO JUGANDO AL FÚTBOL

Yo nací gritando gol y quise ser jugador de fútbol. En mi familia, hasta ahora, todos hemos nacido gritando gol. Yo no sé porqué, pero desde que oí a Albert Camus, hijo de una limpiadora emigrante sordomuda y analfabeta que jamás pudo leer uno de sus libros pero a quien nunca le faltaba una sonrisa en los labios, decir que un campo de fútbol era el único sitio en el que no le preguntaban en qué trabajaba su madre, y que allí lo único que importaba era cómo pateabas la pelota, decidí que mi deporte sería el fútbol.

Me imagino que algo tuvo que ver que yo naciera gritando gol; aunque, por esas cosas del destino, uno no pudo elegir lo mal arreglado que anduvo en su nacimiento con 800 gramos de peso, cuatro operaciones

antes de cumplir cuarenta días y la necesidad de llevar atados diferentes órganos abdominales e inguinales hasta cumplir al menos quince años. Pero lo que sí pude elegir era que, a pesar de todo, mi deporte sería el fútbol. Tengo a gala el que durante tantos años dando patadas a un balón nadie se percatara de la presencia de algún que otro braguero bajo mi ropa de deporte.

Mi madre, que como todas las madres que tienen hijos que necesitan atarse órganos abdominales e inguinales, me impedía coger cualquier tipo de peso; sin embargo nunca evitó que yo pateara una pelota. "Eso sí, hazlo con cuidadito". En ese aspecto fui diferente a Camus, porque su abuela una mujer dominante, ante la falta de dinero, le prohibía al pequeño Albert Camus jugar al fútbol y cada tarde al volver del colegio le miraba lo gastados que llevaba los zapatos, y si no le gustaba lo que veía el castigo físico no se hacía esperar:

Pero ese reino le estaba vedado. Porque el patio era de cemento y las suelas se gastaban con tanta rapidez que la abuela le había prohibido jugar al fútbol durante los recreos. Ella misma compraba para sus nietos unos sólidos y pesados zapatos cerrados que esperaba inmortales.

En todo caso, para aumentar su longevidad, hacía poner en las suelas unos enormes clavos cónicos que presentaban una doble ventaja: era necesario gastarlos antes de gastar la suela y permitían verificar las infracciones a la prohibición de jugar. En efecto, las corridas en el suelo de cemento los gastaban rápidamente y les daban un pulido cuya frescura delataba al culpable. Todas las noches, al volver a su casa, Jacques debía entrar en la cocina donde Casandra oficiaba entre las negras marmitas, y con la rodilla doblada, la suela al aire, en la postura del caballo al que están herrando, tenía que mostrar las suelas. Naturalmente, no podía resistir a las llamadas de sus compañeros ni a la atracción de su juego favorito, y ponía toda su atención, no al ejercicio de una virtud imposible, sino en el disimulo de la falta. Así es como pasaba largos ratos, al salir de la escuela y más tarde del liceo, frotando las suelas en la tierra mojada. A veces la triquiñuela daba resultado. Pero llegaba el momento en que el desgaste de los clavos era escandaloso, en que la suela misma estaba gastada e incluso, última de las catástrofes, como consecuencia de un puntapié torpe contra el suelo o contra la verja que protegía los árboles, se separaba del empeine y Jacques llegaba entonces a casa con el zapato atado con un cordel para mantener la boca cerrada. Esas noches eran las del vergajo.

A Jacques, que lloraba, su madre le decía por todo consuelo: «Es verdad que son caros. ¿Por qué no tienes cuidado?». Pero ella misma jamás tocaba a sus hijos. Al día siguiente le ponían a

Jacques unas alpargatas y los zapatos iban al remendón. Los recuperaba dos o tres días después florecidos de clavos nuevos, y tenía que aprender otra vez a mantener el equilibrio sobre las suelas resbaladizas e inestables.

Mi padre siempre me recomendó que jugara al fútbol para divertirme que "lo primero es formarte como persona, se pueden hacer a la vez: regates y leer; a distintas horas, eso sí", me enseñó con pocas explicaciones que el futuro normalmente no tiene forma redonda y que, cuando la tiene, es fácil que se den la mano el infierno y la gloria:

El jugador corre, jadeando, por la orilla. A un lado lo esperan los cielos de la gloria; al otro, los abismos de la ruina.

Pero él, que había empezado jugando por el placer de jugar, en las calles de tierra de los suburbios, ahora juega en los estadios por el deber de trabajar y tiene la obligación de ganar o ganar.

Los empresarios lo compran, lo venden, lo prestan; y él se deja llevar a cambio de la promesa de más fama y más dinero. Cuanto más éxito tiene, y más dinero gana, más preso está. Sometido a disciplina militar, sufre cada día el castigo de los entrenamientos feroces y se somete a los bombardeos de analgésicos y las infiltraciones de cortisona que olvidan el dolor y mienten la salud. Y en las vísperas de los partidos importantes, lo encierran en un campo de concentración donde cumple trabajos forzados, come comidas bobas, se emborracha con agua y duerme solo.

En los otros oficios humanos, el ocaso llega con la vejez, pero el jugador de fútbol puede ser viejo a los treinta años. Los músculos se cansan temprano:

—Éste no hace un gol ni con la cancha en bajada.

—¿Éste? Ni aunque le aten las manos al arquero.

O antes de los treinta, si un pelotazo lo desmaya de mala manera, o la mala suerte le revienta un

músculo, o una patada le rompe un hueso de esos que no tienen arreglo. Y algún mal día el jugador descubre que se ha jugado la vida a una sola baraja y que el dinero se ha volado y la fama también. La fama, señora fugaz, no le ha dejado ni una cartita de consuelo.

Siempre jugué para divertirme y, rara vez soñé más de lo que la razón me indicaba, me imagino que uno de los motivos era que yo siempre pensé que tendría un destino literario a lo Emily Dickinson. Y así ha sido,

siempre dentro de mis modestas limitaciones.

Me alegro de haber dedicado muchas horas de mi vida a correr detrás de una pelota, sólo por divertirme, de manera serena para no correr el riesgo de viajar del placer al deber cuando todavía eres un niño. Me alegro de haber jugado un partido amistoso contra el Xerez cuando tenía dieciseis años y haber marcado de penalty un gol a un portero de primera división, Recio. Me alegro de haber jugado un partido en tercera división siendo juvenil. Me alegro de que un seleccionador me dijera en Cádiz que me llamaría para la selección juvenil a jugar el campeonato de Andalucía, me conformé con esas palabras. Me alegro de haber jugado un fútbol de otro tiempo cuando un entrenador de un equipo rival al término del partido se me acercó para felicitarme por cómo había jugado (has hecho un gran partido, gracias); pero de lo que más me alegro es por los amigos que hice y que nunca hubiera conocido de otra manera, porque **en un campo de fútbol nadie te pregunta dónde trabaja tu madre**, (aunque de vez en cuando se acuerden de ella)

Vi a Galeano en una Feria del Libro de Madrid hace unos años, y pensé, horrorizado ante los volúmenes que se estaban convirtiendo en superventas mientras el viejo maestro andaba sonriendo a quienes por allí pasaban, que la historia de la literatura es la historia del fútbol o del cine, el mercado se los está comiendo a los tres.

La historia del fútbol es un triste viaje del placer al deber. A medida que el deporte se ha hecho industria, ha ido desterrando la belleza que nace de la alegría de jugar porque sí.

En este mundo del fin de siglo, el fútbol profesional condena lo que es inútil, y es inútil lo que no es rentable. A nadie da de ganar esa locura que hace que el hombre sea niño por un rato, jugando como juega el niño con el globo y como juega el gato con el ovillo de lana: bailarín que danza con una pelota leve como el globo que se va al aire y el ovillo que rueda, jugando sin saber que juega, sin motivo y sin reloj y sin juez.

El juego se ha convertido en espectáculo, con pocos protagonistas y muchos espectadores, fútbol para mirar, y el espectáculo se ha convertido en uno de los negocios más lucrativos del mundo, que no se organiza para jugar sino para impedir que se juegue. La tecnocracia del deporte profesional ha ido imponiendo un fútbol de pura velocidad y mucha fuerza, que renuncia a la alegría, atrofia la fantasía y prohíbe la osadía.

Por suerte todavía aparece en las canchas, aunque sea muy de vez en cuando, algún descarado

carasucia que sale del libreto y comete el disparate de gambetear a todo el equipo rival, y al juez, y al público de las tribunas, por el puro goce del cuerpo que se lanza a la prohibida aventura de la libertad.

Por suerte, en la literatura, de vez en cuando, también aparece algún descarado que nos enseña que literatura y libros, que cada vez viven en mundos más separados, pueden juntarse en un regate imposible, un toque mágico que deja un balón que viene de las nubes, muerto en el suelo, o gambeteando a los mercachifles que se dedican a sacar dolares del arte.

SON MÁS LO QUE MUEREN DE DESAMOR, SAÚL BELLOW

Ir a Nueva York y no tropezarse con un escritor es muy difícil.

Si vas al café Carlyle hay un tipo con gafas de pasta y pinta de tímido que escribe y a la vez toca el clarinete los lunes. En la taberna del Caballo Blanco te puedes encontrar a Dylan Thomas y a Jack Kerouac bebiendo güisquis y charlando hasta la madrugada. Y a las orillas del Hudson, mientras das una vuelta, te puedes topar con Saúl Bellow. Yo me tropecé con él una tarde cuando sacaba a su perro a pasear.

- ¿No le conozco yo de algo?"- le pregunté.

- ¡Claro!-, me dijo- fui nadador olímpico.

Delgado, con una mirada socarrona y poco dado a recibir los adjetivos críticos, bien vestido y con sombrero. "Este tío es escritor", pensé para mí.

Después de dar muchas vueltas, me tropecé con su foto en la portada de un libro, que tenía un título que había llamado mucho mi atención: *Son más los que mueren de desamor*: ¡anda!, si este es el nadador olímpico.

Cierto, se podrá morir alguna vez de amor, pero eso le ocurre sólo a unos pocos elegidos; los simples mortales tienen a lo largo de su vida muchas más probabilidades de morir de desamor: ***Hacia el fin de la vida uno tiene que cubrir una especie de programa de dolor. Categorías infinitas. Primero causas físicas como la artritis, las piedras en la vesícula, los espasmos menstruales. En la siguiente categoría el orgullo herido, la traición, la estafa, la injusticia. Pero la categoría más dura es la que se refiere al amor. La cuestión es entonces: ¿Por qué persisten todos? si el amor destroza y se ven los estragos por todas partes, ¿por qué no se actúa con sensatez y se retira uno pronto?***

Después de leer esas primeras páginas, de pie, frente al mostrador de la caseta de la Cuesta de Moyano en la que vendían libros usados con un pasado casi infinito, me dije, me llevo a este judío neoyorquino a casa. Siempre quise leer a un nadador olímpico que se ha casado cinco de veces dando explicaciones de por qué es más fácil morir de desamor.

Al tío Benn, profesor de universidad, estudioso y experto en plantas y que ha viajado por todos los lugares del mundo, (China, Sudamérica o los Polos...), estudiando plantas o huyendo del amor o de la simple pasión sexual que tan a menudo aprisiona, lo seguí para que me explicara el por qué de su comportamiento ante las experiencias que le va mostrando la vida.

Estoy sobre-saturado de política. Voy a leer a este judío, neoyorquino, que se cachondeó de mí un día contándome que fue nadador olímpico, escribiendo de amor o desamor:

Así las masas están protegidas en su inocencia y pueden ser ingenuamente felices. Y todos los gobiernos son más o menos así: grandes inquisidores que protegen a la frágil multitud. (Por supuesto no todos los gobiernos han masacrado a sus propios inocentes).

¿También aquí? ¿en este libro? ¿Nada escapa a la política?

Me he dado cuenta de que Bellow, cuando habla de amor, habla de todo; y toca todas las raíces del Hombre, aunque aviso que no es fácil su lectura, son libros para otra época.

Es la historia personal, amorosa y, sobre todo, sexual de dos hombres: Kenneth Trachtenberg, un profesor de literatura e historia rusa, enamorado de una mujer que sólo lo utilizó para tener una niña, y de su tío Benn Crader, un experto botánico, estudioso de las plantas y profesor de universidad, que se lamenta de que ***ahora en la universidad se dedican a "crear conciencia". Las estructuras de las plantas les importan un bledo***, posiblemente porque también ahí ha entrado a fuego la política y ya son pocos los sabios que se dedican a la política y muy pocos los políticos dedicados a ser sabios. Siempre nos quedarán los monasterios y las bibliotecas secretas.

A través de ellos, el nadador olímpico hará un retrato de la sociedad occidental y de los Estados Unidos y su culto al dinero. Empieza con bistrú de cardiólogo, con las pasiones individuales, (*en todo hombre duerme un sentido de la vida conforme al amor*, escribe el poeta Larkin) y termina diseccionando con cuchillo de carnicero, la sociedad norteamericana: ***Los hijos son excusas para robar. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué robó? Es una pregunta estúpida: "lo hago por mis***

hijos"

Los hechos personales son, a menudo, infames. Paseamos con el padre de Kenneth por París. su padre sólo piensa en las mujeres y el sexo. Es apuesto, es un don Juan. Con Kenneth vamos a Etiopía, adonde ha huido su madre para trabajar en una ONG, para hablar con ella, **(la madre es el único portero al que uno nunca consigue meterle un gol)** y hacerla ver que la vida Occidental tiene sentido aunque ella la encontrara tan vacía en París. Y con Kenneth volamos de París al mismo centro de los Estados Unidos para perseguir a su tío Benn, todo lo contrario a su padre. - **Está bien, tío Benn. A los dos nos va mal con las mujeres. somos bastante estúpidos.**

Conocimos a Caroline Bunge, uno de los amores del que huyó su tío a las selvas de China o al Polo Norte:

En cuanto a decidirse por un hombre, piensen el esfuerzo que supone examinar a los elegidos para seleccionar un marido. ¡Qué tormento! Y luego convencer al hombre que se ha elegido! El dinero debiera facilitar las cosas. Pero no es así, porque donde hay dinero hay negocio y el negocio implica acuerdo contractual.

Aunque ella lo que quería era un marido a juego con el piso.

Y qué decir de Matilda Layamon y sus padres, sólo piensan en el estatus social y en el dinero. No creo que ninguno de ellos pudiera morir de desamor; y eso que, como nos explicó el tío Benn, experto botánico, **son más los que mueren de desamor que los que mueren de radiaciones.**

Este nadador olímpico todavía no tiene asegurada la posteridad literaria pero en sus escritos habitan ramalazos de eternidad porque golpean el sentido del ser humano en lugares que sólo los artistas saben tocar:

El sufrimiento de Rusia desde una perspectiva histórica, era el sufrimiento en su forma clásica, el sufrimiento que la humanidad ha conocido siempre mejor en la guerra, la peste, el hambre y la esclavitud. Esas formas monumentales y universalmente familiares del sufrimiento deben hacer a los supervivientes más profundos. Tuve la tentación de hacer comprender a mamá que también había que tomar en cuenta los sufrimientos de la libertad. De otro modo, estaríamos concediéndole un valor más alto al totalitarismo al decir que sólo la opresión puede mantenernos honestos. Las personalidades libres que no reciben ayuda ni del cielo sordo ni de la tierra neutral, se enfrentan a elecciones mortalmente peligrosas que determinarán el futuro de la

civilización.

iY yo que cogí este libro para ver cómo uno puede morir de desamor!

EL INCA GARCILASO DE LA VEGA, MESTIZO DE LAS LETRAS Y DE LA VIDA

A Montilla en Córdoba, lejana y sola, me llevó la búsqueda del Gran Capitán, hay veces que he tenido que hacer trabajos guerreros de los que me siento muy orgulloso; este es el mundo en el que hemos caído y el mundo que dentro de nuestras limitaciones tenemos que cambiar, yo en esto sigo a Hyperion y a su trasunto alemán: *a servirme de una espada sí he aprendido, y no necesito más por ahora. La nueva liga de los espíritus no puede vivir en el aire, la sagrada teocracia de lo bello tiene que morar en un Estado libre, y él precisa de un lugar en la tierra, y este lugar lo conquistaremos nosotros.*

Y en Montilla, andando por la calle me paró un mestizo que llevaba un legajo bajo el brazo y del que yo apenas había tenido noticia. Sentí curiosidad y le pregunté dónde llevaba esos escritos y a quien pertenecían: ***A los hijos de español e india, o de indio y española, nos llaman mestizos, por decir que somos mezclados de ambas naciones. Fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en Indias. Y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación me lo llamo yo a boca llena y me honro con él.***

- Caballero, son míos- me contestó- ahora ando escribiendo unos *Comentarios Reales*, que tratan del origen de los Incas que fueron del Perú.

- ¿Puedo saber su nombre?

- ¡Claro!, soy el señor Gómez Suárez de Figueroa, hijo de don Sebastián Garcilaso de la Vega y de la princesa inca Chimpu Ocllo, sobrina del emperador del Tahuantinsuyo y nací en Cuzco. ***Porque el Cozco en su imperio fue otra Roma en el suyo. Y así se puede cotejar con la otra porque se asemeja en las cosas más generosas que tuvieron.***

- ¿Es usted el inca Garcilaso?

- Así me llaman.

- Cuenta su paisano Vargas Llosa que *La Florida del Inca* "basta para

hacer de usted uno de los mejores prosistas del siglo de Oro"

- El señor Mario Vargas Llosa, siempre tan atento con sus paisanos.

Les he dicho a los míos que me voy a permitir la licencia de visitar la casa del Inca Garcilaso y que vamos a descansar una tarde de andar persiguiendo el fantasma del Gran Capitán por el castillo de Montilla. Están de acuerdo con esa parada, sobre todo, porque saben que el inca es persona curiosa en su historia, amena en la charla, vigorosa en sus gestos y de talento sin igual.

- Fijaos, cuáles son las preguntas que resuelven la concepción del mundo y de sus formas- nos explica mientras fuma tabaco recién traído de Oyotún: ***Habiendo de tratar el Nuevo Mundo, o de la mejor y más principal parte suya que son los reinos y provincias del imperio llamado Perú, de cuyas antiguallas y origen de sus reyes pretendemos escribir, parece que fuera justo, conforme a la común costumbre de los escritores, tratar aquí, al principio, si el mundo es uno sólo o hay muchos mundos. Si es llano o redondo y si también lo es el cielo, redondo o llano. si es habitable toda la Tierra o no más que las zonas templadas. Si hay paso de una templada a la otra. Si hay antípodas y cuáles son de cuales. Y otras cosas semejantes que los antiguos filósofos muy larga y curiosamente trataron.***

El inca Garcilaso de la Vega nos contó que sirvió a las órdenes de don Juan de Austria en las campañas de las Alpujarras y es famosa su religiosidad y su conducta en todo Córdoba, ahora anda apadrinando niños que necesitan auxilio; en la parroquia de Santiago de Montilla aparece en 113 registros bautismales.

-Será la sangre inca- dice uno de los míos.

- Será la sangre española- dice otro.

- ¿Será el ser una buena persona sin necesidad de sangre alguna? - apostilla con una interrogación el último que quedaba por hablar.

Decían los indios que nunca hicieron delito que mereciese castigo público ni ejemplar, porque la doctrina de sus padres y el ejemplo de sus mayores -y la voz común que eran hijos del sol, nacidos para enseñar y hacer el bien a los demás-, los tenía tan refrenados y ajustados que más eran dechado de la república que escándalo de ella.

Yo creo que el futuro es suyo, señor Gómez Suárez de Figueroa, inca Garcilaso de la Vega; porque sólo el mestizaje puede ya redimir a la Humanidad, ya que sólo el mestizaje puede hacer iguales a los hombres;

pues ni la solidaridad, ni la concordia, ni el amor, ni la fraternidad, ni la libertad, ni la cultura, lo han conseguido hasta ahora; sólo nos queda como último recurso de paz el mestizaje:

En una destruida calle de Mostar, el viejo Hassim hablaba de que un par de años antes convivían, como hermanos, ortodoxos serbobosnios, católicos bosnio-croatas y musulmanes bosniacos en perfecta armonía y que la cultura en Sarajevo flotaba en el aire, contaba gesticulando con las manos; Las tres culturas compartían su espacio y su vida; casi todo el mundo entendía de música y sabía tocar el piano en Sarajevo, y lo decía con sus ojos entornados por la extrañeza de todo cuanto estaba pasando. Al día siguiente de estallar la guerra andaban cortándose las manos de pianista unos a otros. Esa semana me dio por escribir un relato al que titulé: *Nunca te fies de un pianista*. Pensé que la convivencia de las tres culturas en Toledo nunca existió.

En Beirut, un viejo cristiano, que combatió en la guerra civil de los años ochenta, explicaba orgulloso que El Líbano era una república increíble, crisol de sociedades, creencias e ideologías, con 17 religiones diferentes, país de acogida y de emigración. Le recomendé un viaje al sur del río Litani, o una visita a Burch al Barachne y no quise recordarle Sabra y Chatila. Pensé que la convivencia de las tres culturas en Toledo sólo fue un sueño. En Mali, donde el color es el dueño del cielo y la tierra y las mujeres se adornan con él, conviven tuaregs musulmanes, animistas, cristianos, y los más antiguos legajos que se salvaron de la intolerancia en lo que luego se llamó España. Todo apariencia, al final, siempre suenan las armas.

En Kosovo..., en Afganistán, en Irak..., en Siria...., sunitas, chiítas, alauitas, yazidíes; si ni la solidaridad, ni la concordia, ni el amor, ni la fraternidad, ni la libertad, ni la cultura, lo han conseguido; sólo nos queda como último recurso el mestizaje.

Por eso yo te veo como un gigante, Inca Garcilaso, no sólo porque fueras el más grande prosista del siglo de Oro español; sino porque sólo tú has sido capaz de escribir que una de las cosas más grandes que ocurrieron en América fue la llegada de los españoles y de los negros, (muchos lectores ahora se echarán las manos a la cabeza), sólo tú, descendiente del mismísimo Manco Cápac, el primer Inca, has dicho la verdad: ***Lo mejor de lo que ha pasado a Indias se nos olvidaba, que son los españoles y los negros que después acá han llevado por esclavos para servirse de ellos, que tampoco los había antes en aquella mi tierra. De estas dos naciones se han hecho allá otras, mezcladas de todas maneras y para las diferenciar les llaman por diversos nombres para entenderse por ellos.***

Cierto Inca, lo mejor y más granado de América lleva todas las sangres, lo más sobresaliente y lo que hará grande a América es ese infinito

mestizaje que les entregó el pasado para conquistar el futuro, sin que los ciegos todavía se hayan dado cuenta.

El Inca sigue fumando y nos invita a pasar la noche en su casa en la calle Capitán Alonso de Vargas, lugar al que llegué porque me enviaron a buscar a don Gonzalo Fernández de Córdoba, uno de nuestros más ilustres soldados, me acompañaban tres de los míos y el escritor José Calvo Poyato, que sabe mucho de capitanes.

Y puesto estamos en la puerta de este gran laberinto, será bien pasemos adelante a dar noticia de lo que en él había...

EN LA DECADENCIA DE LA MENTIRA CON ÓSCAR WILDE

Durante mi estancia en Cambridge, por invitación de unos buenos amigos, visitamos una de esas típicas casas antiguas señoriales en el campo; concretamente una perteneciente a la familia de Rudyard Kipling, ese escritor que ahora arrastra un nocivo halo de narrador colonialista y del que Borges dijo que el futuro le perdonará aquello sobre lo que escribió por cómo lo escribió.

Yo no sé quién tendrá razón, pero cuando me hablaron de ir a Afganistán volví a leer cada día esa pequeña novelita maravillosa que habla de manera genial de ese gran pecado capital que es la ambición. Desde entonces sé que ***hay montones de cabras en Kafiristán.***

Yo sigo leyéndolo a Kipling como leo al desafortunado y denigrado Céline, en su *Viaje al fin de la noche*, en una traducción de Carmen Kurtz, que con ese apellido yo pensé que no tenía más remedio que viajar al *corazón de las tinieblas*.

Son grandes novelas, les guste o no a los ortodoxos que afinan con filo de hierro las fronteras entre la literatura y la vida. Por cierto, también leo a Ezra Pound, y a Moisés de León, y a Ibn Hazm, y a...; bueno, pueden verlo en cuanto escribo que, como bien saben, plagia de forma inmisericorde mucho de lo que he leído.

Desde que me dio por leer libros, decidí tomarlos como sujetos con vida propia alejados de sus autores, alejados de los lectores, del mundo que los rodeaba y del mundo que ahora me rodea.

Poco me importa que la Historia haga luego bien su trabajo y lleve en brazos del futuro a la verdad. Aunque he de decir que soy un poco pesimista en esto último, porque ya se encargará el poder de pintar la Historia conforme a su conveniencia, modificándola a su antojo.

Afortunadamente, Historia y Literatura viven en sombras separadas porque son distintos reflejos de la realidad; la primera suele ser reflejo de

la realidad del poder y la segunda suele ser reflejo de la realidad del Arte.

Dije, al principio, que cuando anduve por Cambridge visité una de esas típicas casas antiguas señoriales en el campo. Viendo los verdes prados de alrededor, pensé que estaría bien ir a saludar a Óscar Wilde de la mano de Cyril y Vivien a esa casa de campo en Nottingham, dónde sólo se hablaba de Arte y Naturaleza.

A mi juicio, cuanto más estudiamos el Arte, menos nos preocupa la Naturaleza. La Naturaleza posee, indudablemente, buenas intenciones; pero, como dijo Aristóteles, hace ya tiempo que no puede llevarlas a cabo. Cuando miro un paisaje, me es imposible dejar de ver todos sus defectos. A pesar de lo cual, es una suerte para nosotros que la Naturaleza sea tan imperfecta, ya que de no ser así no existiría el Arte.

Yo también creo que el Arte da forma a la Naturaleza porque tengo que reconocer que la nieve tiene otro color después de leer a los novelistas decimonónicos rusos; y que, aunque navegué mucho durante la niñez y la vi con sus mil caras, la mar tiene formas más voraces desde que embarqué en la Pequod, en la Nellie, en el San Juan de Nepomuceno o en La Milagrosa.

La variedad no se puede encontrar en la Naturaleza misma, sino en la imaginación, en la fantasía o en la ceguera cultivada de su observador.

Es la realidad la que ciega al Arte, es la realidad, que siempre lleva la boca llena de la palabra verdad, quien asaltando a la ficción y, por esa decadencia que ahora arrastra la mentira, mancha cuanto movimiento artístico toca.

Los únicos personajes reales son los que no han existido jamás en este mundo; y si un novelista es lo bastante mediocre para tomar a sus héroes directamente de la vida, debe, al menos, decir que son creaciones suyas y no alabarlos como copias. La justificación de un personaje de novela está, no en que las otras personas son lo que son, sino en que el autor es lo que es. Si no la novela no es ya una obra de arte.

Cyril no deja títere con cabeza. Vivien ama a la naturaleza y Wilde me aconseja que visitemos una granja de cerdos cerca de Nottingham para que cuando lea *La Decadencia de la Mentira*, tenga más elementos de juicio para entenderla. El gran Óscar Wilde, ¡ay!, tanto talento desaprovechado.

OFICIO DE TINIEBLAS 5

El que esté limpio de crueldad reconfortada que tire la primera piedra a lo alto para que en su caída le parta la cabeza en dos.

Este último mes me he cruzado con Cela, casi sin querer, porque andando en busca de lectura en una biblioteca que recorro a menudo por lo cercana que la tengo, me tropecé con un ejemplar suyo situado en la estantería BQ-I-15-B y, cuando lo abrí por su primera página, me encontré con la sorpresa de que venía firmado por su puño y por su letra: *Oficio de Tinieblas 5*.

Pregunté si ese libro podría llevarse para leer en casa y aquí lo tengo. Dispongo de un mes para devolverlo.

Limitate a vivir tus lentos días sin hacer de tu propia vida un espectáculo ruidoso o molesto para los demás nadie ha de pagarte en la misma moneda pero eso debe importarte nada cuando la vida cobra entidad suficiente se puede echar por la borda todo lo demás.

Al Cela escritor lo he tenido que defender varias veces en conversaciones muy dispares, sobre todo porque, en seguida, se pretende entretejer vida, carácter y obra de un autor; sin entender que sólo los libros, verdaderamente ausentes del creador, son literatura. Me acojo aquí a la cita de Pierre Francastel: "*La historia humana es la historia de los acontecimientos y no de las intenciones; y la historia de las artes es la de las obras y no la de los hombres*".

La hipocresía es la segunda más estéril parcela del hombre detrás de la envidia y antes que la avaricia.

Al Cela humano también lo he defendido; sufragó junto con otros escritores el entierro de Miguel Hernández cuando murió en 1942 en la cárcel de Alicante; abogó por Julián Marías al final de la guerra civil cuando fue hecho prisionero porque no quiso dejar solo a don Julián Besteiro, único miembro del Consejo de Defensa de Madrid que no abandonó su puesto cuando todos huían; clamó contra el exilio interior de Vicente Aleixandre; cuando Gabriel Celaya y Alfonso Grosso, dos grandes de la literatura española del siglo XX, morían en la indigencia levantó, contra la olvidadiza administración, su voz de forma contundente; también tuvo que irse a publicar a la Argentina porque su magnífica novela *La Colmena* fue prohibida en España; cuando en 1941 en España andaban flirteando con los nazis, él, para tocar las narices, se puso dos nombres judíos Camilo José Manuel... Zacarías Levy, de tal forma que cuando ingresó en la RAE la comunidad judía de Buenos Aires le dio la enhorabuena porque un judío entraba en la Real Academia de la Lengua

Española...

Estos fueron argumentos que tuve que esgrimir hace poco cuando, en una casposa celebración de gente de las ciencias y las artes a la que fui invitado, comentaron otros detalles acerca de su vida. Fue un gigante, les guste o no su carácter, sus respuestas para la galería o su hiperbólica vida. Les guste o no el espectáculo Cela.

Ahí están mis títulos académicos no los queméis dádselos al pescadero para que envuelva huérfanos pescadillos baratos ahí están mis medallas dádselas a una máscara pobre el martes de carnaval ahí están los cien libros que escribí disolvedlos con ácido y haced lo mismo con los originales lujosamente encuadernados dejad paso a quienes vienen detrás yo elegí la libertad.

Las obras literarias existen por sí mismas, aparte del autor o a pesar del autor; y Cela, como todos los grandes, terminará escondido en las universidades, los monasterios, las fundaciones culturales o los museos, y en algún clandestino lugar de la red ajeno a cualquier otra tendencia que no sea la cultural, y que, por supuesto, leerá poca gente.

No debe hastiarte el espectáculo de la muerte tiene siempre matices insospechados imprevistos sumamente fértiles no hay ningún otro objeto que pueda comparársele.

Su *Oficio de Tinieblas*, escrita en segunda persona, ese tú de alma inconmensurable, es una obra difícil de leer, si no directamente ilegible. Pero es un experimento que todos los artistas deberían hacer: encerrarse en un espacio cerrado, con la menor contaminación exterior posible y vomitar todo aquello que el alma le pide, sin las ataduras de la gramática, de las formas, ni del perseguido éxito; naturalmente lo que te sale no es una novela sino la purga del corazón. Con *Oficio de Tinieblas 5*, tocamos más el alma de Cela, ese Cela perennemente anclado al dolor, al coito desmesurado, a las islas inaccesibles, a la crueldad, al perdón. Ojalá muchos escritores a los que admiro hubieran escrito la purga de su corazón. Si crees que te vas a divertir leyendo *Oficio de Tinieblas*, no lo abras. Aunque te aseguro que si llegas al final volverás a abrirlo, por cualquier página, poco importa eso.

La amistad asexual no existe sí existe su máscara a la que el hombre llamó amor platónico concepto mal traducido ya que el filósofo señalaba una noción abstracta y un corolario: al final el hombre se pierde en un juego de palabras pero retorna siempre al instinto los doce mandamientos de la ley de venus las dos advertencias y el corolario valen para la especie humana el hombre es el único animal que ignora el cielo.

No hay arte sin experimentación, ni arte fácil, aunque lo parezca; tanto para el artista como para el receptor. Cela descubrió la llave del éxito pronto con *La Familia de Pascual Duarte*, pero no perseveró en esas formas, decidió mandar al carajo a editores y al dinero fácil y se embarcó en una lucha desafortunada con el arte, igual se ayudó en demasía del espectáculo, o no lo midió bien; pero hay que agradecersele porque le salió ajustada la partida.

No, tú ya sabes que ni entras ni tienes por qué entrar en el reparto de las aromáticas prebendas es algo a lo que debes ir acostumbrándote antes de que tu dolor llegue a echar raíces en la carne.

La palabra es la dueña del *Oficio de Tinieblas* y maneja con cuerdas de títeres a la imaginación y a la lógica intelectual. El corazón vomita palabras a ese tú protagonista rodeado y hastiado de sexo, pasiones, pecados, a su modo litúrgico, para edificar una lírica propia y absoluta. ***Hay un oficio parabólico un oficio de penitencia y soledad un oficio contenido un oficio sordo un oficio de la salvación...*** Adivinen cuál es ese oficio.

Yo, después de leer *Oficio de Tinieblas 5*, he decidido hacer un nuevo viaje a la Alcarria, recordando el primero que hice hace tiempo acompañado por tres mujeres de nombre Concepción. Jorge no podía faltar. Ricardo, corredor de maratones y compañero de carreras, tampoco.

Hay que plantearse las cosas con dificultad, es necesaria la pirueta en el vacío, abrir nuevos caminos; aunque se ignore con qué suerte, pero con gran honestidad.

Pronto, voy a volver a la Alcarria.

LAS MUJERES INVISIBLES

Me he acercado a la Residencia de Señoritas de la calle Fortuny; y de allí me he ido a la residencia de Estudiantes en la Colina de los Chopos. Sin más intención que visitar la exposición *Mujeres en Vanguardia*.

Mi casa era una casa de mujeres, y uno, que se ha criado con tantas hermanas que lo superaban siempre en todo, no deja de preguntarse, extrapolando su experiencia al mundo que lo rodea: ¿qué es lo que ha hecho desde el principio de los tiempos que las mujeres hayan terminado siendo tan invisibles para la historia, salvo aquellas que jugaron con su belleza y su inteligencia para las relaciones personales?

Mi profesor de Lenguas Clásicas no cejaba en su empeño por demostrar que los atreidas y su principal portavoz, Homero, decidieron, tras las primeras conquistas indoeuropeas en la península griega, donde se

encontraron una sociedad minoica totalmente matriarcal, construir una nueva sociedad machista y misógina que acabara con la civilización que conquistaban; y ponía como ejemplos a Helena, a Penélope o a Andrómaca... No cabe duda de que esa nueva Grecia Clásica de la que todos descendemos hizo mucho por pintar a la mujer de esa manera, encerrándola bajo arresto domiciliario durante demasiado tiempo. Y no hay ninguna creencia que no haya recogido ese testigo.

He encontrado este ejemplo muy explicativo de Jenofonte (siglo IV A.C.), en un trabajo sobre Maruja Mallo de Rosa María Ballesteros:

***Los dioses han creado a la mujer
para las funciones de dentro, al hombre para
todas las demás. Los dioses la ha colocado en
el interior porque soporta menos bien el frío, el
calor y la guerra. Para las mujeres es honesto
el permanecer en casa y deshonesto el salir
fuera; para los hombres sería vergonzoso el
quedarse encerrado en su casa y no ocuparse
de lo que ocurre fuera.***

Y esto es así porque lo dice él. A ver si mi profesor de Clásicas va a tener razón, y los hombres atreídas buscaron, y lograron por medio del arte, un territorio hostil para la mujer; una zona de combate en la que no hay apoyo logístico posible, un lugar tenebroso en el que no se espera ayuda táctica alguna y que únicamente te permite sobrevivir encerrada.

Preparaos, porque a partir de ahora no daremos ni un paso atrás y no va a quedar tierra sin hollar, aventura sin vivir ni libros sin leer.

Las mujeres que han sobresalido hasta ahora lo hicieron a espaldas de la sociedad, retiradas, escondidas; unas buscaron su refugio en Dios, como Sor Juana Inés de la cruz o Santa Teresa de Jesús; otras, como Emily Dickinson, en la fortuna de su padre y su pasión por los versos, encerrada en esa habitación propia; las Brönte se escondieron en los funestos páramos, en un padre dominante y en la tuberculosis, que tantos buenos escritores ha dado. Ninguna de ellas lo hizo ayudada por la sociedad. O tenías una renta y una habitación propias, como escribió mi

adorada Virginia Wolf o te ibas al carajo. Así de simple.

¿Hay algo más injusto que eso? No poder estudiar con el mismo derecho que el varón, no poder realizar cualquier trabajo, no poder poner una casa a tu nombre, no poder votar.

Así que hoy he decidido ir a conocer a las Mujeres de Vanguardia.

Yo siempre tuve celos de Alberti porque recibió los amores de Maruja Mallo; pintora, poetisa, mujer divertida que supo vivir su libertad, y de entre todos los ángeles *El Ángel Falso*, **dime por qué las lluvias pudren las horas y las maderas. Aclárame esta duda que tengo sobre los paisajes. Despiértame.**

Luego supe de sus noches con Miguel, cuando éste andaba subiendo a los árboles del Puente de Segovia, como un titán de la selva, mientras Neruda lo aclamaba como la nueva tempestad que traía el calor de las cabras.

Y lamenté mucho, cuando vi su obra por primera vez, que sólo la conociéramos por esos hombres de la generación del 27 con los que frecuentaba sus días; y con algunos, sus noches. Rafael Alberti, Miguel Hernández, Picasso, Dalí, Buñuel, Federico García Lorca, Ortega y Gasset, Machado, Unamuno o Ramón Gómez de la Serna.

Hubo una Residencia de Estudiantes, en la colina de los chopos, durante los años 20, inmensa; pero también hubo una Residencia de Señoritas, colosal, con mujeres que brillaron en todas las artes y las ciencias, que compartieron horas con Madame Curie o con las mujeres del Instituto Internacional, con las que se produjo un fructífero intercambio, las famosas bostonianas.

Me he acercado a verlas a la Residencia de Estudiantes. Allí están Matilde Huici, gran especialista en Derecho o Victoria Kent. He saludado a las pedagogas Juana Moreno, María Comas Camps, Carmen Castilla Margarita de Mayo, Carmen Isern. Me han dedicado alguna sonrisa María Goyri, Zenobia Camprudí, Josefina Carabias, Maruja Mallo y María Zambrano. **Y así, las ruinas nos darían el punto de identidad entre el vivir personal —entre la personal historia— y la historia.**

De las 30 mujeres que había inicialmente en la Residencia se ampliaron las plazas a 300. Allí se estudiaban todas las ciencias y artes, siguiendo el concepto de la Institución Libre de Enseñanza de que cualquier actividad humana es susceptible de convertirse en una carrera y una profesión que ensanche el alma de los hombres y las mujeres. Pensaban que, por ejemplo, si alguien es bueno en cerámica debe existir una carrera de cerámica. Yo, también.

La Residencia de Señoritas fue creada en 1915 bajo la dirección de María de Maeztu. Esta institución fue pionera en fomentar el acceso de las mujeres a los estudios superiores. María de Maeztu fue el alma de la Residencia, fue la voz, el cuerpo, el pensamiento y sobre todo la fuerza. Sin ella nada hubiese sido posible. ***Ha sido y es el único ideal de mi vida, crear en el viejo solar de nuestra tierra un hogar para las mujeres estudiantes de España, donde encuentren cubiertas, de una manera adecuada, no sólo las necesidades materiales, sino lo que vale más aún, al ambiente espiritual y la disciplina moral que hacen posible una vida noble y digna.***

Y hay que gritar su nombre, María de Maeztu, no sólo con esa pequeña placa que veo cada día en la calle Miguel Ángel, esquina Martínez Campos. En el año 1936, cuando empezó la guerra, presentó su dimisión y partió para el exilio. Su hermano, el escritor Ramiro de Maeztu, fue asesinado ese verano durante las sacas que se produjeron en Madrid.

María de Maeztu, Matilde Huici, Victoria Kent, Juana Moreno, María Comas Camps, Carmen Castilla Margarita de Mayo, Carmen Isern, María Goyri, Zenobia Camprubí, Josefina Carabias, María Zambrano, Maruja Mallo...

Ya es hora que se acabe el tiempo de las mujeres invisibles. Y no creo que sea necesario para ello asesinar a Homero, a Platón, a Aristóteles, o a Jenofonte.

SUMISIÓN, CON MICHEL HOUBELLEcq

Yo llegué a Houbellecq buscando *las partículas elementales*, porque pensé que me llevaría por el camino de Swedenborg hasta Fiodorov, demostrándome que *la muerte yace en el fondo de todos los problemas humanos*.

Yo, que me he criado en el laberinto mágico de la literatura hispanoamericana donde el malabarismo verbal recabado fundamentalmente en la sencillez de las palabras y en la complejidad de la sintaxis se adueña de la escritura, rápidamente descreí del vocabulario soez de Houbellecq, de sus imágenes explícitas que dan poco margen a la fantasía, de sus personajes pesimistas abocados al desconsuelo sin esperanza, y de su tono profético.

El director de esa biblioteca, que es el resumen del mundo, por la que rondo cada semana, tan solo para ver portadas y títulos de libros, decidió, no hace muchos días, que era hora de aconsejarme alguno y, no sin imprudencia, me asaltó con un pequeño volumen de tapas amarilla, en cuya portada venía dibujada la Torre Eiffel y sobre ella una media luna y una estrella de cinco puntas sobre la luz del amanecer; su título, *Sumisión* y su autor Michel Houbellecq. "Es un libro muy curioso", me dijo, "imagina que gana las elecciones en Francia el Partido de los Hermanos

Musulmanes. Imagina lo que ocurriría”.

No quise decirle que en ese momento estaba interesado en Stefan Zweig y su libro autobiográfico, *El Mundo de Ayer*. Es un autor que te lleva como nadie por la Europa de la primera mitad del siglo XX: la Viena mágica y confiada del emperador; el París libre y avasallador y el París sombrío y ocupado; el Berlín del arte cuadrículado y la poesía metafísica; y el Berlín trágico.

Como no podía decirle que no, al fin y al cabo es el director de una biblioteca con más de cincuenta mil volúmenes y eso significa que para mí tiene, como San Pedro, las llaves del paraíso, me eché los dos libros a la mochila y le di las gracias por la recomendación.

Nunca pensé abrir a Houbellecq, pero fue el destino quien separó sus páginas cuando se me cayó al suelo y al recogerlo metí mi dedo pulgar por la hoja número 11. nunca desobedezco a las mágicas señales, pues nadie ignora que la mente juega con nuestra debilidad frente al azar y cae rendida veloz ante los designios imaginarios.

Es lo que ocurre en nuestras sociedades, todavía occidentales y socialdemócratas a cuantos acaban sus estudios; pero la mayoría no adquieren conciencia de ello o no lo hacen de forma inmediata, pues están hipnotizados por el deseo de dinero o quizá de consumo los más primitivos, y más hipnotizados aún por el deseo de demostrar su valía en un mundo que esperan competitivo, galvanizado por la adoración de iconos variables: deportistas, diseñadores de moda o de portales de Internet, actores y modelos.

Aquí está de nuevo el prestidigitador, me dije. Pagaré el peaje del lenguaje soez, de los personajes que andan revolcados en el vacío de la carne y del espíritu y voy a ver dónde me lleva este Houbellecq, ahora que un extremista intolerante islámico, democráticamente ha sido elegido presidente de Francia. Recordé las elecciones alemanas de 1932 cuando a un joven desconocido Hitler los votos alemanes le otorgaron 230 escaños; y pensé en toda la sangre que cuesta ganar la libertad, que rara vez se ha ganado en las urnas; y, sin embargo, con un poco de desencanto y desilusión lo fácil que es perderla en esas mismas urnas.

Es cierto que en mi juventud, las elecciones eran muy poco interesantes; la mediocridad de la oferta política era incluso sorprendente. Un candidato de centroizquierda era elegido, por uno o dos mandatos según su carisma individual, y oscuras razones le impedían llevar a cabo un tercero; luego la población se hartaba de ese candidato y más generalmente del centroizquierda, se observaba un fenómeno de alternancia democrática y los votantes llevaban al poder a un candidato de centroderecha, a ese

también por uno o dos mandatos, en función de su propia naturaleza. Curiosamente los países occidentales estaban extremadamente orgullosos de ese sistema electoral que, sin embargo, no era mucho más que el reparto de poder entre dos bandos rivales, y llegaban incluso a declarar guerras para imponerlo a países que no compartían su entusiasmo.

Houbellecq ya nos prepara para que la extrema derecha y la Hermandad Musulmana hicieran que **las cosas se pusieran un poco más interesantes al introducir en los debates el olvidado escalofrío del fascismo**. Un poco de violencia, **se oyen disparos de atentados**, algunos subterfugios juveniles mediante instituciones pseudo-culturales y un apoyo sin límites a los necesitados que abrazan cualquier doctrina con tal de que llene caliente sus estómagos vacíos y vengue sobre el poder establecido las muchas cuitas que han estado sufriendo y, ¡zas!, Houbellecq nombra presidente del gobierno a una persona muy inteligente con don para gobernar, que no caerá en el inicial error de acabar con los contrarios de forma violenta; sino que las depuraciones llegarán con dinero, ayudas, o amplias pensiones, enviando a paraísos de oro a las antiguas fuerzas que gobernaban y educaban a la Francia libre; para, poco a poco, ir limando las igualdades conquistadas en revoluciones y pérdidas en las urnas.

El veneno de los movimientos identitarios ha acabado con todo; ya no hay más que reacciones que resquebrajan un sistema judicial que no se basa en la igualdad ante la ley; sino en la identidad a la que pertenece cada individuo: violencia contra una iglesia, reacción antiislámica, violencia contra una mezquita, reacción islamista, movimientos identitarios, enroque de cada trozo de sociedad, y nueva prueba irrefutable de que la violencia define y es capaz de establecer fronteras que poco tiempo atrás no existían. **El sistema político en el que se había vivido desde la infancia se había resquebrajado. No sitúan la economía en el centro de todo, para ellos lo esencial es la demografía y la educación. Quien controla a los niños controla el futuro.** Las mujeres, poco a poco, dejan de asistir a las universidades, y para entonces todos los docentes deben de ser musulmanes.

Francois, ese profesor universitario, estudioso de Huysmans, y hastiado de la docencia y de su vida sexual, que para eso es Houbellecq quien escribe el libro, nos va conduciendo hacia ese futuro imaginado en el que va anotando las pérdidas de la libertad que pocos años antes del 2022 reinaban en Francia. Los judíos, poco a poco, emigran a Israel. Aquellos que no aceptan la lluvia de oro y petrodólares, que llegan de las monarquías del Golfo, prefieren vivir en países como España, Alemania y Gran Bretaña; la democracia ya no es de todos, se legisla para una parte de la sociedad y el motor se ha puesto en marcha.

El fracaso de todo sistema político es el no gobernar para todos; el gobernar sin tener en cuenta ningún tipo de identidad; ni ideológica, ni religiosa, ni de raza, ni de sangre (que a la sangre todo excede), ni el color o la longitud del pelo. Un sistema político para todos, independiente de la condición individual. Por ese motivo han caído muchas repúblicas, y, sin embargo, han tenido éxito muchas monarquías parlamentarias: un país para todos sin distinción, donde las oportunidades, la justicia y la razón no tenga nada que ver con ningún tipo de identidad.

Todo Oriente Medio es un buen ejemplo de cómo la identidad vive por encima de la justicia y la igualdad; dependiendo de cada país, no es lo mismo ser suní que chií, alauí que wahabí, yaridí, maronita, ortodoxo o católico, o yazidí... Si eres de una identidad que no detenta el poder en esos lugares, tus oportunidades son cero: trabajos de miseria, olvídate de ser funcionario, juez o profesor, el comercio se abrirá poco para los tuyos; no podrás montar ni el más ínfimo negocio. No olvidemos que el Estado provee, el Estado da y el Estado quita.

Es eso lo que se están jugando en Siria, Iraq, Irán, Arabia Saudí (que no hay que olvidarse de ella), Líbano.., las minorías se están jugando su supervivencia. Allí no todos son ciudadanos con los mismos derechos, cada uno tiene su identidad. Y si encima va alguno y pretende venderles democracia por la fuerza, destronando a unos y aupando al poder a otros; sólo es cuestión de tiempo que, esperando su oportunidad, los oprimidos (que son los mismos o diferentes según cada nación) enciendan de nuevo la llama de la guerra. ¡Ay, esa revolución francesa que convierte a todos los hombres en ciudadanos, iguales, fraternos y libres!, ¿dónde está Francia? ¿dónde está ese París multicultural, multiracial y libre?

Ben Abbes, inicialmente, había mostrado su respeto por las tres religiones del libro y había evitado compromisos con la izquierda anticapitalista, había comprendido perfectamente que la derecha liberal había ganado la batalla de las ideas... Si lo injusto funciona, ¿por qué cambiarlo? Así está Francia (en manos de Houbellecq); que ha dejado a los países occidentales en los brazos de su mala conciencia y con un protagonista, Francois, que bajo los efectos de la crisis del Occidente moderno y su amplia gama de soledades, habiéndolo perdido todo, se echa a los brazos de alguien que promete devolvérselo; eso sí, a cambio de su espíritu y su libertad.

¿Y los intelectuales?, ¡al menos los intelectuales levantarán su voz!: ***A lo largo del siglo XX, muchos intelectuales habían apoyado a Stalin, Mao, Pol Pot..., sin que ello se les hubiera reprochado nunca verdaderamente; el intelectual en Francia no tenía que ser responsable, eso no estaba en su naturaleza.***

Yo nunca he querido meterme en estos charcos, pero la culpa la tiene ese director de una biblioteca que cuenta con cincuenta mil volúmenes, que

como sabe que posee una de las llaves del paraíso, anda recomendando libros a diestro y siniestro sin que hasta ahora nadie le haya dicho que no.

LAS PERSONAS QUE ESTÁN SALVANDO AL MUNDO

Dicen que para ser feliz lo mejor es conformarse con poco; y yo siempre he pensado que esa máxima fue una artimaña de los poderosos, hábilmente difundida en los corazones de los desheredados, para atemperar las jóvenes revoluciones nacientes.

Cierto, que los años te hacen ver, después recorrer un largo trecho, que en la vida no hay más que tres o cuatro cosas verdaderamente importantes: lo que hemos amado, lo que nos han amado, el sosiego que arrastra una bienhechora conciencia y aquello que nos ha legado el provechoso azar basado en la caridad con almas ajenas y en la justicia con la propia alma.

Pero, no sé por qué, siempre he pensado que los ricos, esos que no saben utilizar su riqueza más que para amontonarla, han nacido ciegos a esas tres o cuatro cosas desde que cinco mil años atrás alguien encontrara entre en las arenas sombrías de un viejo río de Babilonia, la primera pepita de oro. Y también he pensado siempre que los ricos, los malos ricos, son los únicos que piensan que nunca tienen suficiente dinero.

Y eso que el mismísimo Hijo de Dios bajó a la Tierra para contarles una historia de un camello y una aguja.

Una vez le pregunté a mi padre, un viejo marino que recorrió todos los océanos posibles y arribó en ilimitados muelles, sufrió soledad, vivió alguna que otra guerra como actor o espectador, amó y fue amado, odió y fue odiado, ganó en los mares una fortuna y la gastó y tuvo en una sola vida mil; una vez le pregunté a mi padre quién podría ser para él la persona más feliz y dichosa del mundo.

No me habló de bellos actores o actrices, ni de jóvenes futbolistas, ni de hombres de negocio de éxito, ni de conquistadores, ni de ningún sabio y sesudo profesor de universidad, no había ningún político; nada de eso. El viejo marino me contestó, simplemente: *de todos los hombres que he conocido, creo que elegiría a un jardinero de un parque de Róterdam que cuidaba las flores, los árboles; recogía las hojas de otoño; estercolaba el césped antes de la llegada de la primavera; y lo protegía del invierno. Yo creo que ese es el hombre más afortunado que he conocido: un hombre que cultivaba un jardín.*

Un hombre que cultiva un jardín, como quería Voltaire.

Y recordé, de pronto, los hombres que ahora mismo están salvando al mundo

Un hombre que cultiva un jardín, como quería Voltaire.

El que agradece que en la tierra haya música.

El que descubre con placer una etimología.

Dos empleados que en un café del Sur juegan un silencioso ajedrez.

El ceramista que premedita un color y una forma.

Un tipógrafo que compone bien esta página, que tal vez no le agrada

Una mujer y un hombre que leen los tercetos finales de cierto canto.

El que acaricia a un animal dormido.

El que justifica o quiere justificar un mal que le han hecho.

El que agradece que en la tierra haya Stevenson.

El que prefiere que los otros tengan razón.

Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo.

Para el viejo marino y para Borges, estos hombres son los que están salvando al mundo, aunque ellos no lo sepan, y ¡encima! son los más felices: Un jardinero que cultiva su jardín en un parque de Pekín, un ceramista que del barro crea de nuevo al hombre, una persona que vive de la palabra y su etimología, dos amantes que se tocan con más pasión que Paolo y Francesca en el canto V de la Divina Comedia, alguien que ama la música, dos empleados que en un café de Mostar charlan, sonríen, juegan al ajedrez y cultivan la dicha de la amistad, un hombre que lee a Borges mientras acaricia a su perro Coco que duerme tranquilo, el que no odia a los que un mal le han hecho, aquel que ha sido capaz de embarcar en La Española un día de lluvia; para el viejo marino todos esos están ahora mismo salvando el mundo.

Yo, para no olvidarme de esa conversación con el viejo marino, cuando estuve en Ámsterdam compré unas semillas de tulipanes que cada primavera me recuerdan, al brotar de la escondida tierra, los nombres de

las personas que ahora mismo están salvando el mundo.

Por eso, cuando escucho las noticias o leo los periódicos me pregunto: ¿cuándo nos daremos cuenta de que están intentando salvar el mundo las personas equivocadas? Incluyo ahí también a aquellos que siempre aparecen aprovechándose de las crisis o del dolor para tener un amplio despacho con vistas. Creo que el viejo marino tampoco me habló de ellos. Ninguno de ellos salió del arado, ni volverá al arado como Lucius Quinctius Cincinnatus después de salvar a Roma.

QUIERO TODO ESTO, JOSE AGUSTÍN GOYTISOLO

En unas elecciones voté a un poeta que conocí hace tiempo en La Otra Banda de la Argónida; y a quien ya seguía en sus trifulcas lorquianas, sus vivencias en jardines extranjeros o su estadía honrosa en habitaciones separadas; y lo hice incluso sabiendo que nos equivocábamos los dos. Pero, claro, cómo no caer en la suprema tentación de negar a Platón y su teoría de rechazar para su República a los poetas, a los que envió al exilio por sus siempre desmedidas corrupciones y vicios, sin conocer vergüenza ni reposo, emperrados en sus críticas y en su oficio; gente que *difícilmente llegan a reunir dinero, que la previsión no es su característica y que se van marchitando poco a poco de un modo algo ridículo* □ *si antes no les dan muerte por quién sabe qué cosas. Los poetas, las viejas prostitutas de la Historia*; que, como hay que decirlo todo, suelen ser, en una convivencia diaria, difícilmente soportables. No salgan nunca con un poeta, normalmente nada tienen que ver con sus versos y su oficio es destrozarse almas y corazones. Lo sé de buena tinta. Pues sí, decidí, como Chantal Maillard, *Matar a Platón*; sabiendo que me equivocaba, que nos equivocábamos los dos.

Unos días antes, porque no se me hacía fácil elegir entre Platón y el poeta del sur, decidí escribir qué es lo que yo querría que hicieran los poetas en el caso de que todos nos hubiéramos vuelto locos y hubiésemos aupado al poder, entregándoles la banda y el bastón de mando del gobierno a las viejas prostitutas de la Historia.

Ya tengo el papel en blanco; ahora voy a pedirle a José Agustín Goytisolo, el poeta, que me eche una mano:

Quiero ser informado sobre lo que ocurre al más alto nivel

Quiero que todos los políticos, que antes fueron poetas, no se conviertan nunca en hombres de negocio

Quiero ver a la gente uno por uno

Quiero que la única revolución sea la de los besos

Quiero que me amnistíen por todo lo que pienso hacer de ahora en adelante

Quiero que en las cárceles sólo esté quien lo merezca, pero que esté si lo merece

Quiero entrar en los cines sin pagar

Quiero que los cines sean más baratos y que no haya actores multimillonarios,... ni futbolistas

Quiero un informe sobre el comportamiento sexual de los sexólogos

Quiero que me den más besos, sin que varíe mi comportamiento

Quiero que una persona de fiar escoja mis camisas y nunca se equivoque

Quiero acertar por una vez con la camisa adecuada y que esa persona que escoge mis camisas no me pida que me la cambie. Ya tengo esa persona de fiar. Retiro mi anterior petición

Quiero aprender inglés en 15 días

Quiero aprender inglés, pero no en quince días, porque ya no sabría vivir sin acudir a clases de inglés todos los años. Retiro la anterior petición

Quiero saber con precisión exacta la verdadera forma del universo

Quiero seguir creyendo en el relojero que da forma y mueve el universo; y doy gracias a mis padres que me lo presentaron

Quiero que los croissants siempre estén calentitos y sabrosos

Quiero que entre todos nos organicemos mejor, porque esto parece una orgía mal ordenada; y quiero que el pan llegue a todas partes, sobre todo conociendo los lugares donde sobra

Quiero lanzarme en plancha y rematar marcando el sexto gol al Real Madrid

Quiero volver a vivir aquel día que le metí un gol a Recio, en el partido contra el Xerez Deportivo.

Quiero ascender por méritos de guerra

Quiero que si hay que ir a una guerra a salvar princesas convertidas en esclavas, niñas secuestradas o gente perseguida por su color, su pensamiento o religión vayamos cantando

Quiero que Cataluña llegue hasta el Tírol

Quiero volver desde Afganistán andando y que, en ninguna parte, nadie me pida el pasaporte ni me pregunte de dónde soy

Quiero controlar el gasto Público partida por partida Quiero que nadie pueda hacerse rico a costa del Estado, incluyo aquí a los notarios
Quiero ser bueno

Quiero alguna vez ser malo, sin hacerle daño a nadie

Quiero que se me paguen daños y perjuicios
Quiero que cada pueblo tenga el gobierno que no se merezca

Quiero que no me avergüencen más en las autopistas

Quiero que no haya clase obrera Quiero que no haya clases..., pero sí escuelas

Quiero que trasladen las Fallas de Valencia Quiero ir a Valencia en Fallas

Quiero que no vuelvan los buenos tiempos Quiero que los lugares donde he sido feliz no le den la razón a Félix Grande

Quiero revolcarme en la alfombra del Hotel des Templaires Quiero revolcarme en una cama del Hotel des Templaires, a poder ser acompañado de quien ustedes y yo sabemos

Quiero ser hábilmente interrogado para cantarlo todo a la primera friega Quiero volver a andar rodeado de espías con todos los teléfonos pinchados

Quiero sardinas en escabeche y pan tostado con aceite y sal Quiero una Rakkia en el corredor de Stolac

Quiero que se me incapacite legalmente para no ser ya nunca responsable de nada

Quiero que no me maten la ilusión Quiero que en las universidades se enseñe cultura y libertad; y no doctrina con nombres parecidos a los

anteriores

Quiero que no vuelvan a salir goteras en el techo Quiero que mi seguro me eche cuando pago y que me acoja cuando doy tres partes seguidos por humedades **Quiero que todo el mundo cobre más** Quiero que todo el mundo cobre más; pero que alguno que otro cobre menos

Quiero que no se me hinche la barriga Quiero que nadie sea valiente sólo porque le acompañe la fuerza **Quiero que me convenzan**

Quiero alguna vez no dar la razón tan rápido a quien intenta convencerme

Quiero un poco de caridad cristiana

Quiero que todos pasen por el tubo **Quiero un nuevo cepillo de dientes**

Quiero todo esto

yo no puedo seguir viviendo así:

es una decisión irrevocable

Después de volver a leer mi lista de deseos, decidí negar a Platón, que echó a los poetas de la República *por sus siempre desmedidas corrupciones y vicios, sin conocer vergüenza ni reposo, emperrados en sus críticas y en su oficio*, sabiendo que me equivocaba; y voté a ese poeta que se presentaba a las elecciones, porque lo conocía, y porque quería averiguar si el poder es capaz de corromperlos y no sólo los corrompe el placer, la belleza o la palabra.

Hoy, después del fútbol, he quedado con Chantal para matar a Platón.

EL CAUDILLO, INFINITO BORGES

En los salones del Palacio de Linares, concretamente en la biblioteca Onetti, me crucé con su padre. Llevaba en la mano un libro, que yo había perseguido durante muchos años desde que descubrí su existencia: *El Caudillo*, impreso en la Mallorquina en los años de la Primera Gran Guerra, cuando esa familia buscaba por Europa, desesperadamente, una cura para la ceguera del patriarca que, aparte del amor a los libros, le entregó a su hijo la ceguera.

El ejemplar de *El Caudillo*, firmado por Jorge Guillermo Borges, que yo había visto antes no era ninguno de los pertenecientes a aquella primera, limitada y mítica edición impresa en Palma de Mallorca. Ésta era una edición de la Academia Argentina de Letras, hecha en Buenos Aires en el

año 1989 y con prólogo de Alicia Jurado, posiblemente visado y corregido por su hijo, ciegos los dos.

Siempre pensé que, buceando como un paciente relojero en la biblioteca de su padre, yo llegaría a ser el Pierre Menard de Borges y que terminaría escribiendo los mismos textos, con iguales palabras, la misma minuciosa puntuación y la misma exacta materia.

Leí todos los libros de la biblioteca de su padre: Kipling, Wells, Conrad; las maneras de amar, morir, envejecer y tratar a las mujeres escritas por Shopenhauer; los tomos de Macedonio Fernández, la poesía de Carriego, una *Eneida* de Virgilio, las treinta primeras páginas de *Los Hermanos Karamazov*, a Víctor Hugo, Zola, Flaubert, Guy de Maupassant, Daude.

En mis estanterías no falta ***un mate de plata con un pie de serpiente***, que le arramplé a un argentino, que cumplía con su deber en Zagreb. ***También hay una palangana de plata, que pendía del arzón***, y que perteneció a mi abuela Magdalena y, posiblemente, al capitán Pascual Pareja, que escribió conmigo *La Máquina del Mundo*.

En el armario de mi cuarto hay dos filas de libros. Los tres volúmenes de Las mil y una noches de Lane con grabados en acero y notas en cuerpo menor entre capítulo y capítulo, el diccionario latino de Quicherat, la Germania de Tácito en latín y en la versión de Gordon, un Don Quijote de la casa Garnier, las Tablas de sangre de Rivera Indarte, con la dedicatoria del autor, el Sartor Resartus de Carlyle, una biografía de Amiel y, escondido detrás de los demás, un libro en rústica sobre las costumbres sexuales de los pueblos balcánicos, en serbocroata y que compré en un tiempo, no muy lejano y duro, cuando comprobé en mi piel cómo soplaban de fuerte el buro y el yugo.

Así que cuando vi, que una de las codiciadas piezas que me faltaban la tenía al alcance de mi mano me hice el desentendido, restándole importancia al manuscrito, y me sentí como aquel viejo soldado que en el alcaná de Toledo se encontró con la obra de un árabe de nombre Cide Hamete Benengeli ***y que los orientalistas ignoraban, salvo en la versión castellana. Ese libro era mágico y registraba de forma profética los hechos y palabras de un hombre desde la edad de cincuenta años hasta el día de su muerte, que ocurriría en 1614. Nadie dará con aquel libro, que pereció en la famosa conflagración que ordenaron un cura y un barbero, amigo personal del soldado, como se lee en el sexto capítulo.***

Y en la puerta de la biblioteca Onetti, me crucé con él. Era su padre, Jorge Guillermo Borges, autor de *El Caudillo*; estaba seguro, pues su ceguera y

su acento criollo lo delataban.

Me dije, mirando sus manos: ¡ahí está *El Caudillo*, la edición Mallorquina! Me entretuve, para hacer tiempo, hablando con Rafael Flores, Blas Matamoro y Javier de Navascués. El director del Museo del Escritor, Claudio Pérez Míguez, andaba entretenido disertando sobre las piezas únicas que custodiaba y su exposición.

No me fue difícil, a un hombre ciego y con la pesadez de los años, arrebatarme ese ejemplar único de *El Caudillo*. Aproveché unas risas, un poco de sed por su parte y un descuido común a la noche para quitárselo.

Aquí lo tengo en casa, escondido, detrás de dos filas de libros y encuadernado en papel de periódico, junto a ***un libro en rústica sobre las costumbres sexuales de los pueblos balcánicos***, y otros volúmenes que guardo sólo para mis ojos. La nibelunga que duerme conmigo no sabe que existen. No es bueno que lo sepa todo. Mientras tanto, pienso que cada vez estoy más cerca de ser Norberto Ruiz Lima, autor de *El Aleph*: ***La candente mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió, después de una imperiosa agonía que no se rebajó un solo instante ni al sentimentalismo ni al miedo...*** No he empezado mal, no señor.

AMAR O ABORRECER, EL CORAZÓN DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

A Sor Juana Inés de la Cruz llegué por motivos del corazón.

Hay unas mujeres a las que me hubiera gustado conocer, incluso amar, pero los azares mezquinos de la linealidad del tiempo me lo impidieron: a las hermanas Brönte, a las tres, y a cualquier hora en el páramo; a Emily Dickinson, en su encierro en casa de su padre; a Virginia Wolf, a la orilla de un río con los bolsillos llenos de piedra; a María Zambrano, cuando cruzaba las piernas en las tertulias y a todos los sesudos académicos les daba por soñar; a Maruja Mallo, en un lluvioso día compartiendo horas en un hotel de Madrid, a Alejandra Pizarnik, de su mano por París o Buenos Aires; a Gabriela Mistral, entre su amante y ella, las dos tan bellas; a George Sand, escuchando los sonos de un piano, medio desnudos por las playas de Mallorca; a Safo y a sus discípulas en Lesbos; a Mary Shelley, en el Polo Norte, buscando un hombre desfigurado y enorme que acaba de nacer con ese tamaño y esas formas; a Anna Ajmatova, en San Petersburgo; a Dorothy Parker, con sombrero o sin él; a Marina Tsvetaiva, llevándole su maleta mientras es deportada a Siberia por los stalinistas; a Sor Juana Inés de la Cruz en la corte del virrey o en su encierro voluntario...; a tantas.

Como he contado antes, a Sor Juana Inés de la Cruz llegué por motivos del corazón. Es un lugar común en la poesía, y en la vida, que un

enamorado o enamorada sean respondidos a su pasión con el desdén por parte de la persona amada: el eterno dilema de amar a quien no nos ama y ser amados locamente por quien aborrecemos. La poesía del Siglo de Oro está llena de retazos de vengativos poetas quejándose de almas desdeñosas.

La pregunta que surge en estas situaciones es la siguiente: ¿Qué es mejor: amar o ser amado? ¿Merece la pena vivir el daño de amar furiosamente sin ser correspondido? ¿Sufrimos, también, cuando nos aman con locura sin corresponder? Si hay que elegir entre una de estas dos situaciones; ¿con cuál de ellas nos quedaríamos? Estas disquisiciones surgieron durante uno de esos cientos de viajes que anduve haciendo, llevando y trayendo camiones por Croacia y Bosnia. Uno de esos días en que hablar sienta bien, Adriana, la intérprete, me preguntó sobre mi vida y le dije que en ese momento me encontraba muy bien, que por fin me sentía de verdad, de verdad, querido por una mujer.

Adriana me miró y dijo, sorprendiéndose: "No, no. Es más importante el sentimiento de querer que el de ser querido; Amar es más intenso que ser amado, El que te quieran perturba menos el corazón, el amar es una sacudida difícilmente comparable". "Llegó un momento, Adriana", le respondí, "que me cansé y decidí que me movería más a actuar la oportunidad de ser amado que la de amar". Ella siguió en sus trece y yo decidí recurrir a Sor Juana Inés de la Cruz

Al que ingrato me deja, busco amante;

al que amante me sigue, dejo ingrata;

constante adoro a quien mi amor maltrata;

maltrato a quien mi amor busca constante

Al que trato de amor, hallo diamante,

y soy diamante al que de amor me trata;

triunfante quiero ver al que me mata,

y mato a quien me quiere ver triunfante.

Si a este pago, padece mi deseo;

si ruego a aquel, mi pundonor enojo;

de entrambos modos infeliz me veo.

***Pero yo por mejor partido escojo,
de quien no quiero, ser violento empleo,
que de quien no me quiere vil despojo.***

Con 29 años, prefieres, sin duda, ser violento empleo de quien te ama y aborreces, que vil despojo de quien amas y te aborrece. Sor Juana Inés me dio una respuesta que yo no tenía, Adriana no se convenció y seguía pensando que era más intenso amar que ser amado. Yo, entonces, no sé si era más intenso y bonito amar que ser amado, pero era mejor para mi salud emocional de entonces lo contrario. Han pasado muchos años; y ahora que las pasiones se han apagado un poco, pienso que padecer *por activa y por pasiva, pues se padece en querer y en ser querida*, no es lo más conveniente para las almas sensibles. Y creo que las dos tenían razón Juana y Adriana, y las dos no la tenían.

Sobre todo porque aprendí en un paseo por París, con los cuellos del abrigo levantados y fumando más que un carretero, que el amor es del todo ingobernable, ***Lo que mucha gente llama amar consiste en elegir una mujer y casarse con ella. La eligen, te lo juro, los he visto. Como si se pudiera elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio. Vos dirás que la eligen porque la aman, yo creo que es al revés. A Beatriz no se la elige, a Julieta no se la elige. Vos no elegís la lluvia que te va a calar hasta los huesos cuando salís de un concierto.***

Nos encontramos en la frontera de Metkovic, y me alegro de que por primera vez me sienta amado de verdad, cuando yo no elegí nada.

***De nada puedo serviros,
señora, porque soy nadie,
mas quizá por aplaudiros,
podré aspirar a ser alguien.
Hacedme tan señalado
favor, que de aquí en adelante
pueda de vuestros criados
en el número contarme.***

Cuando yo pueda volveré a ir a México, espero que no falte mucho.

EN CUMBRES BORRASCOSAS CON EMILY BRÖNTE

No hay nadie que no haya intentado tocar una mariposa y probar la suavidad de sus alas, aun sabiendo que se quedará entre sus dedos el polvo de hadas que les permite volar; convirtiéndola en un ser torpe de lentos movimientos sin la levedad del vuelo.

Con Emily Brönte he vivido desde que era pequeño. En una estantería de mi cuarto, mi madre me colocó dos libros, más por motivos estéticos que literarios, cuyos cantos veía diariamente: *Cumbres Borrascosas* de Emily Brönte y, el otro, *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe; ambos impresos en 1968 por la Editorial Círculo de Lectores; que prohibía la venta en su primera página a toda persona que no perteneciera a una secta denominada Círculo.

Cumbres Borrascosas pasó muchos días en mi estantería, durmiendo, sin que los vientos del páramo silbaran fuera de sus páginas hasta que Emily empezó a escribir para mí y sólo para mí. No sé qué día, pero sí sé la página por la que lo abrí por primera vez:

— Sólo iré a aquel sitio una vez más —dijo ella—. Me dejarás allí, y allí me quedaré para siempre. Así, dentro de un año volverás a suspirar por tenerme aquí contigo, recordarás este día y pensarás que ahora eres feliz.

Cuando toco por primera vez un libro lo abro por una página al azar antes de empezar a leerlo; es una de mis supersticiones literarias. Todos los autores escriben una frase, especialmente, para cada uno de sus lectores, las mías aparecen por el puro azar, que como escribió Cortázar, sabe hacer muy bien las cosas. Lo abrí por la página 118 y de pronto Emily empezó a escribir para mí: **recordarás este día y pensarás que ahora eres feliz.**

Desde ese día, he paseado casi todos los años por los páramos de Haworth, al noreste de Yorkshire, que han sido devorados, como la obra de las tres hermanas, las tres grandes escritoras Brönte; por esa leyenda que se ha cernido sobre ellas como una hidra que todo lo consume.

Yo tuve la suerte de leer *Cumbres Borrascosas* cuando no conocía nada del mito Brönte. Que ha terminado santificando la vida y el paisaje que las rodeaba. La confusión entre biografía y obra es perjudicial para el lector y para el autor; pretender que una obra forma parte de una teoría del psicoanálisis del sufrimiento con la continua especulación sobre su vida, que termina siendo inventada en el mito, va alejándose de la verdad y del

proceso de creación.

La leyenda habla de una infancia huérfana y solitaria, un cementerio, una casa parroquial, nieblas y brumas, un hermano bebedor y un padre autoritario; y miente el mito al enredar obra y vida afirmando que sin esas vivencias Emily no hubiera escrito esa genial novela. Emily Brönte escribió una novela de su tiempo, romántica y gótica a la vez, con una venganza inextinguible en el corazón de Heathcliff, una pasión desbordada entre los convencionalismos sociales (la familia Linton) y un amor imposible más allá de la muerte. Emily es una mujer de su tiempo y, tanta biografía, empezando con la de Gaskell sobre Charlotte, no ha hecho sino desmerecer su obra.

Mi opinión es la contraria; no digo que la infancia de las hermanas Brönte fuera fácil; pero en ningún modo se apartaba de las pesadumbres de su tiempo, de la moralidad de la época, ni de las necesidades comunes a los habitantes de Hawthorn. Emily soñaba con escribir, con tener relaciones, con vivir. Fue institutriz, viajó a Bélgica, seguro que se enamoró y, alguna vez no fue correspondida; pero vivió mucho más que cualquier mujer de su época. Enfermó de tuberculosis, mal muy común entonces, murió joven, sí; pero hay que tener en cuenta que la esperanza de vida entonces en Yorkshire era de 28 años. La lucha de las hermanas Brönte contra su propia leyenda es desigual e injusta; aunque al mezclarse en el subconsciente del lector vida y obra, su memoria se ha agigantado saltando la valla de la Granja de los Tordos hasta llegar más allá de Cumbres Borrascosas.

Yo como no conocía nada del romántico mito Brönte, a Emily la tuve tan sólo como confidente de mis cuidados y me enamoré rápido de la manipuladora Catalina;,, Caty, a quien un verano anduve besando sin merecerlo. — **¿Usted cree —preguntó la señora Dean— que personas así pueden ser felices en el otro mundo? Daría algo bueno por saberlo.**

Odié a Heathcliff, como el odió cuanto lo rodeaba. Un odio que le condujo a ser la persona más infeliz que he conocido.

Sentí pena por Hareton, sobre quien Heathcliff proyectó la mayor de sus venganzas; la condena al analfabetismo. Y sin embargo, fue el único que lo quiso con sinceridad. **Le dimos sepultura como había ordenado, no sin que el vecindario se escandalizase. Hareton, yo, el sepulturero y los seis hombres que transportaban el ataúd compusimos todo el cortejo fúnebre. Hareton, con la cara arrasada en lágrimas, cubrió la tumba de verde hierba. Ahora creo que su sepulcro está tan florido como los otros dos que se hallan junto a él, y espero que también su ocupante descanse en paz.**

Entendí que Isabel Linton se enamorara perdidamente de Heathcliff y supe, antes que ella, de su sufrimiento. — **No piense más en él, señorita —le aconsejé—. el señor Heathcliff es un pájaro de mal agüero: no le conviene a usted. No puedo negar que es verdad cuanto ha dicho la señora Catalina Linton. Ella lo conoce mejor que yo y que nadie, y nunca le hubiera pintado más malo de lo que es. Las personas honradas no ocultan sus actos. Y él, ¿cómo se ha enriquecido?** Eché de menos que Emily me lo explicara, aunque no necesito saber que todo enriquecimiento suele ser ilícito, de ahí mis reservas hacia los hombres de negocio.

A Eduardo Linton no lo aprecio, él era el centro de todos los errores por ser el portador de todos los convencionalismos sociales, cuando las mujeres que lo rodeaban eran portadoras de todas las rebeldías; sabiendo que la rebeldía sólo conduce al sufrimiento. —**¿A qué vienes ahora Eduardo Linton? —dijo con colérica vivacidad—. eres de esos que siempre llegan cuando no hacen falta, y nunca cuando interesa que lleguen. Ya veo que vas a empezar ahora con lamentaciones, pero no por ello conseguirás que deje de irme a mi morada definitiva antes de que concluya la primavera.**

Hay quien dice que todavía por los páramos se ven dos almas vagar. Los turistas van a ver si tienen suerte y se los tropiezan. Mejor sentarse, mientras las nubes se acercan al páramo con una brisa fría y ponerse a leer esta historia de amor y venganza.

Hay quien asegura haberlo visto junto a la iglesia y en los pantanos, y hasta dentro de esta casa. "Eso son habladorías", diría usted, y yo opino lo mismo. Y no obstante, ese viejo que está junto al fuego, en la cocina, jura que, desde que murió Heathcliff, lo ve a él y a Catalina Earnshaw, todas las noches de lluvia, siempre que mira por las ventanas de su cuarto. Y a mí me sucedió una cosa muy rara hace alrededor de un mes. Había ido yo a la Granja una oscura noche que amenazaba tempestad, y al volver a las cumbres encontré a un muchaco que conducía una oveja y dos corderos. Lloraba desconsoladamente.

— **¿Qué te pasa, muchacho? —le pregunté**

— **Ahí abajo están Heathcliff y una mujer —balbució —, y no me atrevo a pasar porque quieren cogirme.**

No intentes tocar a la mariposa,

ni escalar los muros del deseo.

Hallar el descanso en la duda

está en el mismo ser de la alegría

STEFAN ZWEIG, EL MUNDO DE AYER

Antes de 1914, viajé a la India y a América sin pasaporte; es más, nunca había tenido ninguno.

Antes el hombre sólo tenía cuerpo y alma, ahora además necesita un pasaporte, de lo contrario no se le trata como a un hombre.

De todas las profesiones que se pueden tener, elegí o me eligió, que el azar o la severa predestinación juegan a su antojo, aquella que no necesita pasaporte para cruzar fronteras perpetuamente difuminadas por la guerra; y siempre me pareció una ironía perversa que en la guerra el pasaporte fuera papel mojado y en la paz, cuando volviera a visitar esas piedras mágicas que habían sobrevivido a esa cultural y human costumbre de las guerras e invasiones, necesitaría mil sellos y visados.

Fui a Viena un invierno buscando a Stefan Zweig, a Romain Rolland y su novela europea, a Haushofer, Musil, Roth, a la Jesenká, Hille y Verhaeren; buscando a Twain y al hombre del millón de dólares, una ópera, la catedral de San Esteban, un restaurante donde cené tras unas cristaleras con una mujer hermosa mientras nevaba en la calle y el mundo corría a los soportales a refugiarse, y un hotel donde pasé muchas horas con esa misma mujer desnuda mientras la misma nieve firmaba un documento jurando que nosotros dos, pasara lo que pasara, siempre seríamos vieneses.

Por eso, me sorprendí tanto cuando en esa ciudad, nada más llegar, me pidieron el pasaporte. Ya no recordaba, que a Borges y Zweig nunca se lo pidieron porque se dieron a los viajes por Europa y por el mundo antes de 1914. Yo llegué en 1994. Y les dije: "mire esta mujer y yo somos vieneses, tengo una habitación de hotel, un restaurante a espaldas de la catedral de San Esteban y la nieve por testigos". Le enseñé una entrada del Teatro de la calle Winke Wienzeile, un tique del Schloss Schönbrunn y una foto que nos hizo un cochero con chistera en un coche de caballos. Europa no cedió y nos pidió el pasaporte. Lo entregamos sumisamente y me fui a la caza de Stefan Zweig, austriaco, judío, escritor y humanista. Fui a buscarlo antes de que llegaran los nazis; a él y a Europa:

He visto nacer y expandirse ante mis propios ojos las grandes ideologías de masas: el fascismo en Italia, el nacional socialismo en Alemania, el bolchevismo en Rusia y, sobre todo, la peor de todas las pestes: el nacionalismo, que envenena la flor de nuestra

cultura europea.

Sé que pasaba largas horas en el Café Central de la Herrengasse y allí me fui. Zweig no estaba, ni siquiera su nombre arañaba ese mármol que recuerda un pasado intelectual como nunca se ha dado en ninguna otra ciudad del mundo. Pregunté por él a un camarero y me contó que salió huyendo de la barbarie nazi, y que Viena también había desaparecido ya que sólo 2.000 vieneses votaron en contra de la anexión nacional-socialista, mientras la conciencia mundial callaba ante un pueblo alemán que las mismas potencias vencedoras de la Primera Gran Guerra habían envenenado.

Nací en 1881, en un imperio grande y poderoso —la monarquía de los Habsburgo—, pero no se molesten en buscarlo en el mapa: ha sido borrado sin dejar rastro. Me crié en Viena, metrópolis dos veces milenaria y supranacional, de donde tuve que huir como un criminal antes de que fuese degradada a la condición de ciudad de provincia alemana. En la lengua en que la había escrito y en la misma tierra en que mis libros se habían granjeado la amistad de millones de lectores, mi obra literaria fue reducida a cenizas. De manera que ahora soy un ser de ninguna parte: forastero en todas; huésped, en el mejor de los casos. También he perdido a mi patria propiamente dicha, la que había elegido mi corazón, Europa, a partir del momento en que esta se ha suicidado desgarrándose en dos guerras fratricidas.

Iré a Berlín me dije. Me llevaré un libro de Zweig y en la misma plaza donde quemaron los suyos, me sentaré a leerlo. Me sentaré en un banco; ese mismo banco en los que las leyes arias prohibían sentarse a los judíos y abriré su libro. Y soñaré que Zweig, junto a mí, ha vuelto a Berlín a recoger las cenizas de sus volúmenes incendiados para proclamar su victoria sobre el pasado; sabiendo que ***la historia***, como explicó un soldado tullido y cautivo en Argel, ***es émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente y advertencia de lo porvenir: Cuando uno intenta trazar retrospectivamente los errores de la política después de la Primera Guerra Mundial, se da cuenta de que el mayor de todos fue que tanto los políticos europeos como los norteamericanos no llevaron a la práctica el claro y simple plan de Wilson, sino que lo mutilaron. La idea del mismo era conceder libertad e independencia a las pequeñas naciones, pero él había visto con acierto que tal libertad e independencia sólo podían mantenerse dentro de una unidad de todos los estados, pequeños y grandes, en una organización de orden superior. Al no crear esa organización -la auténtica y total Liga de Naciones- y al aplicar sólo la otra parte de su programa, la independencia de los estados pequeños, en vez de paz y tranquilidad se creó una tensión constante. Pues nada es más peligroso que el delirio de grandeza***

de los pequeños y lo primero que hicieron los estados pequeños, tan pronto como se formaron, fue intrigar los unos contra los otros y disputarse territorios minúsculos. He seguido a Zweig hasta Brasil. Se ha suicidado. Veremos si Europa no hace lo mismo.

PREMIOS EJÉRCITO 2016, UN PALACIO Y EL TIEMPO

A esa pregunta tan original y mágica que siempre te hacen los adultos cuando eres niño: *Y tú, jovencito, ¿qué quieres ser de mayor?*, yo siempre contestaba: *Señora, yo no quiero ser mayor, me gusta ser niño; pero si tengo que elegir, quiero ser un tigre en las selvas de la India, un delfín persiguiendo bancos de sardinas en el Atlántico, o el mejor amigo de mi perro Coco.*

Como el futuro es insondable y prepara sorpresas que nunca esperamos a estas alturas de la vida, ese futuro de hace más de cuarenta años ha decidido que me dedique ahora a realizar vídeos y películas de gente muy especial. Ni lo elegí, ni lo intenté, ni lo pedí. Pero he aquí el último.

Y yo que sólo soñaba con ser el mejor amigo de mi perro Coco. Para quien me conoce comentarle que cuando era niño ya tenía un perro que se llamaba Coco, cuyo alma ha ido pasando durante más de cuarenta años a otros perros de nombre Coco, para formar entre todos un alma inmortal.

Una tarde me mandaron hacer un vídeo sobre un Palacio. Esa misma tarde me salió un endecasílabo y luego llegó, casi sin llamarlo, el vídeo: *"Me levantó la púrpura y el rayo".*

Lo peor de todo fue que un montón de locos me dijeron que me ayudarían a hacerlo:

Me levantó la púrpura y el rayo. Como una moneda, a la mano de un rey fui entregado para su descanso. Mi memoria está llena de espadas, cañones y vagas fechas de invasiones. Se adueñó de mí una duquesa que en los infinitos espejos de mi almamiró con detalle su cuerpo y sus amores. Fui museo militar, después de ser sólo tierra. En pie quedó un aljibe, medio patio, dos salones después que me llevara el viento de la guerra.

A mí me ha sido entregado el don del tiempo, cientos de hombres y mujeres han desaparecido, y desaparecen, veloces delante de mi colección de 90 valiosos relojes; ellos se van, pero yo me quedo. Todos los miércoles, un preciso relojero revisa cada máquina del tiempo, por las que una arena invisible traída de todos los lugares, donde un soldado español ha servido, corre audaz por sus engranajes sin discernir entre lo que borra el tiempo y teje el arte.

EL PENITENTE, ISAAC BASHEVIS SINGER

Creo que la resistencia y la humildad, la fe y la duda, la desesperación y la esperanza pueden alentar de forma simultánea en nuestro espíritu. De hecho una solución absoluta invalidaría el don más inmenso que Dios ha otorgado a la Humanidad... el libre albedrío.

Nunca imaginé no ser libre, nunca imaginé vivir en *Un Mundo Feliz* incapaz de hacer otra concesión a nuestro espíritu que el disfrute de un goce continuo, cercenado el don de poder elegir.

A Joseph Shapiro me hubiera gustado conocerlo en el Muro de las Lamentaciones, pero lo conocí en una biblioteca. Mejor que nos hayamos conocido en una biblioteca, me dijo, ***En el Muro el Todopoderoso inspira allí el tráfico de dinero las veinticuatro horas.*** Sí, le contesté, He conocido muchos sitios así; que si el crucificado volviera al Templo sacaría el látigo, espantando palomas y animales, azotando a mercaderes y arrojando escaleras abajo las mesas donde están depositadas las monedas que son del César.

Ya sé que te has convertido en un *baal tshuvah*, le dije, has retornado del lugar por donde pasamos casi todos. Yo todavía estoy en él. Sí, me contestó, mi alma ha vivido mucho tiempo en el exilio y iqué exilio...., qué amargo exilio!

Sabía, por lo poco que había leído de él, que sufrió el nazismo, que huyó pisándole la muerte los talones a la Unión Soviética, que allí ***se curó de sus aflicciones comunistas; cualquiera que viva en ese país no puede conservar por mucho tiempo ilusión alguna.***

Bueno, le dije, puede que la dirección elegida o impuesta en la Unión soviética no fuera la correcta, pero...; ***Ciertamente***, me cortó, ***Stalin era absolutamente rechazable, pero si Trosky o Kamenev hubieran seguido en el poder, o se hubieran unido los bolcheviques y los mencheviques, Rusia ahora sería un paraíso. Y si la abuela tuviera ruedas, sería un tranvía. Ya conoces como esos tipos amantes únicamente de la libertad propia se engañan a sí mismos. Muchos de los judíos rojos que nos habían amenazado a mí y a mis semejantes con la horca, habían muerto en cárceles soviéticas o habían sido sometidos a torturas en los campos de concentración de Stalin.***

Sé que luego emigraste con tu mujer a América, a Nueva York continué hablando. Sí, me contestó, Y allí me empocé en el capitalismo haciendo dinero a manos llenas, ***cuando una persona hace mucho dinero pero le falta fe, empieza a preocuparse de una sola cosa: ¿Cómo lograr el máximo placer?; en realidad siempre supe que mi vida era una***

vergüenza y un deshonor: toda esa codicia de dinero, mis enredos con mujeres, el formar parte de una sociedad que era corrupta desde el principio al fin y cuya justicia residía en alentar el delito.

Después de vivir en todos los paraísos posibles decidí abandonarlo todo, negociar cuanto poseía y marcharme a Israel. No le voy a contar todo, me sonrió, se necesitaría demasiado tiempo para relatar cuánto hube de pasar desde el día en que perdí a mi mujer, a mi amante y mandé a hacer puñetas mi negocio. Mi única salida era el retorno al judaísmo. Yo le respondí que no todos los judíos talmúdicos son santos y para aceptar las leyes de Shulhan Arukh se tenía que creer en la Torah y en la Gemará y en que, todo cuanto los rabinos han escrito fue dado a Moisés en el monte Sinaí. Tú sabes, le dije, que vivimos en un matadero y en un prostíbulo y eso no lo va a cambiar nadie nunca. Entorna los ojos y me dice, desde ayer no como carne aunque acabe condenado a terminar en la Gehenna; y, además, he decidido abrazar al judaísmo.

Y continúa hablando: ustedes sirven a unos ídolos que yo he terminado por rechazar después de haberlos abrazado a todos: ***han dedicado años a aprender idiomas. Se pasan la vida persiguiendo placeres que no son tales placeres. Se someten a operaciones de nariz. Luchan, en una batalla perdida de antemano, por no hacerse viejos. Mucha gente como usted, y me mira fijamente, ha perdido la vida en nombre del comunismo, del nazismo, del capitalismo o de cualquier otro "ismo". Todas las cárceles y los hospitales están llenos de gente que se sacrificaron por unos dólares, por una mujer, por un juego de azar, por una carrera de caballos, por venganza, por drogas y sólo el diablo sabe por cuantas cosas más.***

Joseph, le digo, el problema de la sociedad no es la elección entre religión o no; sino entre ética y moralidad o no. Sin religión no existe nada semejante a la moralidad, me contesta, ***de todas las mentiras del mundo, el humanismo es la más descomunal. En el mundo en el que vivimos nadie se libera de la pasión humana más nefasta: la necesidad de ser importante. Pero, el Señor es bueno con todos, y sus dulces dones se revelan en todas sus obras.***

En la biblioteca nos llaman la atención por hablar tanto y hacer ruido y nos invitan "amablemente" a salir. Sin desaprovechar la ocasión el maligno, estoy seguro, antes de que yo cierre el libro *El Penitente*, editado por Plaza y Janés en el año 1983, y que había extraído de la estantería BP-IV-58-D dos horas atrás, me agita para que le pregunte a Joseph Saphiro: ***Sí, pero, ¿dónde estaba tu Dios cuando los nazis jugaban con los cráneos de los niños judíos? Si en realidad él existe y permaneció en silencio, Él es tan asesino como Hitler.***

El bibliotecario definitivamente me pide que cierre el libro y lo deje sobre el carro que duerme en el pasillo esperando las devoluciones. Comprenderá, me dijo serio, que a una biblioteca no se viene a hablar. Yo sólo sonreí; y pensé para mí; pues yo no vengo a otra cosa; si Isaac Bashevis Singer, y otros como él, estuvieran en la cafetería de la esquina no pisaría una aburrida biblioteca.

LAS TRISTES, OVIDIO EN SU DESTIERRO

Roma juega con los hombres desde que aquella raza troyana, víctima de una emigración forzada por la guerra, los engendró a imagen y semejanza de sus dioses. Y a Roma siempre hay que volver, para que el César, igual a los dioses, pueda seguir sintiendo su poder en las piedras derruidas, en las tallas limadas por el tiempo y en las arruinadas tumbas que profanó la modernidad; y pueda olvidar por un momento que tan sólo es merecedor de la melancolía de Ozymandias.

Él, igual a los dioses, que con su dedo señalaba la fortuna o la desgracia de los hombres, sigue llevando las riendas del imperio y condena con su todopoderosa mano a los mortales que amenazan su poder, su idea de Roma, y su oscura eternidad.

Esta noche somos dos los desterrados por el emperador Octavio, que ha decidido que Roma vuelva a vivir según los valores que él cree que debe tener un romano, y con un arrebató moralizante sin parangón, anda legislando a diestro y siniestro y aguzando con la espada el comportamiento honesto de los hombres y mujeres de Roma.

No es su familia precisamente el espejo donde debemos mirarnos, y cito a su madre Actia y a su hija Julia, y a él mismo, que junto con Julio César, fueron los dos grandes cánceres de Roma.

Ha obligado a todos los hombres a casarse con un simple decreto, tan simple como que la Ley entregue al Estado los bienes de todos los hombres solteros que mueran sin descendencia. Cuando el poder se pone a pensar no tiene igual; y lo más excepcional es que no tiene parangón incluso cuando ese poder está constituido por los más mediocres de los hombres.

Augusto me ha desterrado por conspirar; a Ovidio por escribir su *Arte de Amar* que incita, según el César, a obrar mal a todas las matronas de Roma, ¡el viejo poeta condenado como corruptor de costumbres! y algún otro error que él no quiere contar.

De mis amigos no ha venido nadie a despedirme. De Ovidio, en esta noche triste, sólo dos, que de tantos, ***unus et alter erant. De tantos amigos, apenas me quedasteis dos o tres; los demás eran secuaces de la fortuna, no fieles amigos. Cuanto más reducido***

vuestro número, con tanto mayor ahínco debéis socorrer al desvalido y dar a su naufragio un seguro puerto. Embarcamos de noche en el muelle, como bandidos, ya no se oían la voces de los hombres y los perros mientras la luna regía en lo alto del cielo sus nocturnos caballos, iqué hexámetro tan sonoro emborronó Ovidio en el momento que soltamos los cabos que nos ataban al puerto de la inconmensurable Roma!: ***iamque quiescebant voces hominumque canunque, lunaque nocturnos alta regebat equos.*** Ya he olvidado el latín y, como Ovidio, ahora me expreso en la lengua áspera de los Getas y los Sármatas. Él sigue hablando solo y escribiendo en la lengua de sus mayores, intentando que su vocabulario no se desvanezca; esa batalla la tiene perdida, pronto sus escritos se llenarán de barbarismos.

Yo aquí me he dado por muerto; él no para de lanzar, en epístolas elegíacas, loas al César alabando la clemencia del todopoderoso igual a los dioses, y obtener su perdón. Se ha arrodillado ante la injusticia del César; ***Tienen derecho, pues, mis versos, valgan lo que valieren, a entonar, César, con entusiasmo tus alabanzas, y, con derecho imploro de los dioses que no te abran aún las puertas del cielo, y te permitan ser otro dios entre los mortales;*** está claro que no es un soldado, es un simple poeta lleno de nostalgia. Es verdad que vivimos entre salvajes, que el escudo y la espada duermen bajo nuestra almohada y continuamente tememos los dardos envenenados de la gente de la izquierda del Ponto que es bárbara y siempre dispuesta a la rapiña; entre ella reinan constantemente la sangre, la guerra y la carnicería.

Los días en Tomos, país de los bárbaros, son muy largos y las noches eternas, y no porque nosotros decidiéramos como Júpiter cuando yacía con Almecna doblar la duración de la noche para que el alba no se presentase como acostumbraba a desunir sus cuerpos. En Tomos el alba no llega nunca. ***Los campos aparecen desnudos de árboles y verdor. ¡Ay!, estos lugares no debía visitarlos ningún mortal dichoso. Siendo tan dilatada la extensión del universo, ésta es la tierra que fue escogida para mi destierro. Siempre huí de joven las ásperas contiendas bélicas, y nunca manejé las armas sino por juego; y ahora de viejo tengo que ceñir la espada, abrazar el escudo y cubrir con el yelmo mis canos cabellos; pues así que el centinela desde su puesto da la señal de alarma, en seguida mi trémula mano tiene que empuñar el acero. El enemigo feroz, provisto de sus arcos y flechas envenenadas, recorre las murallas con sus jadeantes corceles.***

Ovidio, no tienes por qué contar tus calamidades que a nadie interesan, arrastrándote ante el poder del emperador Augusto para que te perdone; tú, que tienes en tu mano el don de la inmortalidad debieras dedicar tus esfuerzos a pintar al tirano de forma que la historia no lo absuelva y la eternidad que le sea entregada por tu mano lo convierta en el déspota que es. Porque si no, su luz brillará injustamente en Roma dos mil años

después, el mes más largo llevará su nombre, y el mayor poema jamás escrito en lengua latina habrá salido de su pecho. Ya llevamos ocho años aquí desterrados, **si sabes que la voluble fortuna vaga con pasos inciertos, y en ningún lugar permanece firme y estable: ya se nos muestra sonriente, ya nos pone cara sombría, y sólo es constante en su ligereza**; al menos usa tus dones para que la Historia sepa quién era el emperador Octavio Augusto.

Me miras y me contestas: he padecido tantos males como estrellas rutilan en el cielo, como en la árida playa se revuelven menudos átomos de arena; he soportado contrariedades que parecen increíbles, y aunque harto verdaderas, no encontraré quien las crea; parte de ellas debe morir conmigo, y ojalá mi silencio las sepultase en el olvido.

Solo me queda decirte, Ovidio, que no eres más que un poeta irredento; como los que hasta ahora han engrandecido a los tiranos; Agamenón, Príamo, Menelao, Jerjes, César, Octavio,..., y los que quedan por venir.

DÍAS Y VIAJES, AQUELLA VISITA A PAUL BOWLES

Coincidí con Paul Bowles preparando un viaje a Ítaca allá por el año 1990 o antes, que no recuerdo bien porque decidí olvidar las fechas y retener los momentos.

Mi viaje a Ítaca es una larga historia que comenzó como un diario; y que terminó dominada completamente por la ficción en esos límites de la realidad fácilmente conquistables cuando la verdad se convierte en insuficiente para expresar lo que queremos decir.

Los diarios se llenan fácilmente de trivialidades y es necesaria la invención para que parezcan reales. Además nunca escribimos para reflejar cómo somos; sino cómo queremos ser y cómo queremos que nos vean los demás.

Mi viaje a Ítaca, realidad o ficción, fue parte de una promesa y, algún día, tal vez lean esa historia.

- Tú y yo sabemos que nunca llegaré a Ítaca. Ya no podré visitar los emporios de Fenicia ni las ciudades del Egipto. Es tarde.- Tú y yo iremos a Ítaca. Viajaremos por el Egipto, por el Líbano, por Túnez, por Libia, por Siria; y por Turquía cruzaremos el Helesponto, yo lo haré a nado; y del Peloponeso a Ítaca.

Ella tira a Paul Bowles y a su Cielo Protector lejos de la cama. Con los pies, también, arroja al suelo, lejos del edén que conforman las sábanas y su cuerpo, las enciclopedias; quiere que salgamos del mundo y me toca con sus manos buscando ese lugar donde sólo el

deseo existe. Se quita el pañuelo pirata que tapa su cabeza y yo toco esa cabeza desnuda y suave, la misma que tocaría su madre en el momento de su nacimiento, por esos lugares en que su enfermedad se da a conocer en los bordes del cuerpo; con la apariencia, como un buen estratega, de detenerse por dentro y atacar la superficie.

- Nuestra primera parada será Tánger, allí estaremos un día, la Tánger internacional. Hay que preguntar por la casa de Mariquita, la sombrerera, ella nos dirá dónde vive esa tal Juanita Narboni.

- Me duele todo.

Esa tal Juanita Narboni me llevó hasta Paul Bowles. "No sé por qué quieren visitar a ese americano loco, lleno de atrevidas costumbres; su mujer anduvo liada con su sirvienta; él, vaya satanás a saber con quién; ay, Virgencita. Juanita Narboni vive atrapada por ella misma, como su creador Ángel Vázquez, que bien pudo haberse enamorado de mí cuando llegué a Tánger.

A todos los escritores que conozco les pregunto por qué escriben. Paul Bowles, que es un cínico, extranjero en todas partes, esboza una media sonrisa a izquierda, y me contesta por todos sin referirse a él: **primero debo decirte que las preguntas que empiezan con "por qué" no se pueden responder con inteligencia ni veracidad; pero te diré que muy pocos escritores aducen necesidad económica como razón por la que ejercen su profesión. Pero la mayoría dan a entender que los impulsa a escribir una fuerza interior irresistible. O la búsqueda de la miserable inmortalidad.**

Yo le dije que lo mío viene de lejos; y que culpo de mi adicción a la escritura a don Ramón Asquerino Fernández; también le comenté que siempre he preferido la lectura a la escritura y que no evoco a la inútil y eterna corrección de borradores la publicación de lo que hago.

- Si sigues así te convertirás en un charlatán pedante- me dijo con sorna; para continuar hablando- esa mujer está muy pálida, yo tú la llevaría a un hospital.

- Últimamente no sale de ellos.

- Hubiera sido mejor ir a Ítaca en avión.

- Queríamos que nuestro viaje fuera largo.

- Tiene toda la pinta de que va a ser tan largo, que ella se va a quedar aquí para siempre- y siguió hablando- ¿Sabes? No hay tarde en la que no reciba la visita de alguien a quien no he visto nunca, ni

probablemente vuelva a ver. Éste es un problema grave de hace solo uno o dos años.

- Hoy soy yo esa persona. Pero debe reconocer que la culpa es solo suya; si no llega a publicar nada, nadie hubiera llegado hasta aquí. ¿Por qué lo hizo?

- Quedamos mañana en la estación; iremos a Boussif- dijo sin contestarme.

Durante nuestro viaje en tren siguió hablando de su experiencia en África: ***el musulmán piensa del comunismo más o menos lo mismo que el hombre de ciudad piensa de la fiebre aftosa: es una seria enfermedad pero él no corre peligro de contraerla; bajo la protección del Islam se siente a salvo de ella.***

- Tal vez cuando la tenga, no la haya sentido antes y ya sea tarde- le digo

- Más bien al contrario- me contesta.

Y continúa hablando:

- Quien está enferma es esa mujer que te acompaña,

- Lo sé, está muy enferma.

- Parece mucho mayor que tú.

- También lo sé. Se ha quedado muy delgada, pero mantiene algo de sus formas hermosas. Y su cara es bonita. Retiene trozos de belleza con cada paso y me parece que nuestro viaje a Ítaca va a diluirle los fragmentos de sufrimiento que también destila por su carne. Porque ella, como todos nosotros, vamos repartiendo alegría y dolor a todos aquellos con los que nos tropezamos. Esta es una larga historia- le digo- y ella me ha emplazado a que la escriba para dentro de treinta años, así que ahora no puedo contarle mucho.

- Dentro de treinta años terminarás inventándolo todo.

- Lo sé; pero treinta años pasan volando.

Cambio de tema preguntándole que qué tal Tánger ahora.

- El aire y el viento son todo lo que queda de Tánger- me contesta mientras las secas colinas pasan amarillas por la ventanilla del tren.

Ella se ha quedado dormida, mañana le toca una dura sesión de quimio; pero recordará perfectamente esta noche pasada, cuando estuvimos con Paul Bowles en Boussif, camino de Ítaca y ella no paró de hablar de libros y viajes.

¡GIRONDO!: SI NO SABEN VOLAR, PIERDEN EL TIEMPO LAS QUE PRETENDEN SEDUCIRME

Fui joven y estudié las formas y el continente, desechando el contenido, con la precisión de un imaginero que se dedica a tallar cuerpos y sus pormenores. Ahora, que he aprendido algo con el tiempo y los errores, ***no se me importa un pito que las mujeres tengan los senos como magnolias o como pasas de higo; un cutis de durazno o de papel de lija.***

Ahora que he visitado medio mundo, y sus países, en algunos de los cuales se podían comprar cuerpos enteros por unos cigarrillos, que cumplían la soez función de sustituir al papel moneda; otros, en los que nada era gratis ni siquiera el amor; o aquellos, en los que los seductores se vestían de tristeza, que es la mayor forma de corrupción que he visto, ***le doy una importancia igual a cero, al hecho de que amanezcan con un aliento afrodisíaco o con un aliento insecticida.***

Ahora, diferencio perfectamente la diversión y la risa del tedio y la rigidez a cambio de tocar un cachito de piel que nadie merece por perfecto. Desecho, como si nunca los hubiera vivido, aquellos tiempos, obligado a ser quien no era; una simple pretensión absurda que siempre me impidió llevarla a cabo, con limpieza, el deshonesto trabajo de evocar los recuerdos; que no necesitan ayuda porque los recuerdos que nos persiguen normalmente se evocan solos. Por eso, ahora, cuando veo a una mujer ***soy perfectamente capaz de soportarles una nariz que sacaría el primer premio en una exposición de zanahorias; ipero eso sí! -y en esto soy irreductible- no les perdono, bajo ningún pretexto, que no sepan volar.***

Si no saben volar ipierden el tiempo las que pretendan seducirme!

Es una ley matemática del maldito Oliverio Girondo que le arrebató una sirena vikinga al joven escritor, amigo de Carriego, que pasaba sus días en el zaguán junto a la puerta cancel de la casa de la calle Palermo leyendo.

¿Qué me importaba a mí lo que le pasase a tres escritores argentinos que andaban con los sentimientos entrelazados? Lo único cierto es que la ley matemática que esta más alejada del fraude es la risa y el verbo, pues las formas se esconden en perplejas emociones de los sentidos fácilmente engañosas que juegan como un tahúr con olores, visiones y tactos; que se compran o se venden, que da lo mismo, donde manda el comercio.

Después de conocer una mujer etérea, ¿puede brindarnos alguna clase de atractivos una mujer terrestre? Yo, por lo menos, soy incapaz de comprender la seducción de una mujer pedestre, y por más empeño que ponga en concebirlo, no me es posible ni tan siquiera imaginar que pueda hacerse el amor más que volando.

No sé si te entendí bien, Gironde, porque no es fácil ser un poeta de vanguardia y pretender que te entiendan, pero esto es lo que me sale ***en la sed, en el ser, en las psiquis, en las equis, en las exquisitísimas respuestas, en los enlunamientos, en lo erecto por los excesos lesos del erofrote etcétera...; o en el bisueño exhausto del dame toma date hasta el mismo testuz de tu tan gana, en la no fe que rumia, en lo vivisecante, los cateos anímicos, la metafisirrata, en los resumiduenes del egogorgo cósmico, en todo gesto injerto, en toda forma hundido polimellado adrroto a ras afaz subrripio cocopleonasmio exotro.***

Yo también envidié, Gironde, que Norah Lange supiera volar y, ¡encima, era pelirroja!

ESQUILO Y LA CONSTRUCCIÓN DEL ALMA HUMANA: JUSTICIA O VENGANZA

En verano siempre conviene volver a los clásicos. Su lectura, cerca del mar o la montaña, o después de pasar una mañana en kayak subiendo el gran río de la Argónida, alejados de esa wifi con forma de serpiente que cada vez nos ata más a la nada, nos vuelve a recordar que sólo somos seres humanos cuyo alma fue pintado por increíbles artistas con la fidelidad de un fotógrafo hace más de dos mil años.

Este verano he pasado unas horas con Esquilo, veterano soldado que luchó contra los persas en las batallas de Maratón, Platea y Salamina; testigo del nacimiento de la democracia ateniense y del poder del pueblo sobre los tiranos. Por gente como él, como Conrad, London, o Cervantes quise yo hacerme soldado o marino; pensé que era la manera más corta de tener un destino literario; como siempre me equivoqué, era el camino más largo.

Este verano me he ido con Esquilo a las playas de Bajo Guía, de las Piletas, de la Ballena y de Faro Blanco. Me he sentado en el Areópago con los ilustres atenienses, y he dictado justicia: He decidido declarar inocente a Clitemnestra del asesinato del rey Agamenón, su marido, recién llegado de la ciudad de las altas torres; y de su amante la adivina Casandra, hija de Príamo, convertida en su esclava después de todos los crímenes atreidas acaecidos en Troya, que han quedado sin redención, sin justicia y sin venganza. Y he decidido perseguir a Orestes, de la mano de Álvaro Cunqueiro, o sin él, y que se cumpla la condena a muerte que he dictado sobre él. Poco me importa que el mismo dios Apolo, haya declarado justo

el perverso crimen de Orestes cometido contra su propia madre.

Primero, escuché a Clitemnestra: ***¿Y tú quieres oír la sagrada ley de mis juramentos? Por Justicia que ha vengado a mi hija; por Ate y por Erinis, a quienes he sacrificado a este hombre, no se me ocurre ni pensarlo que el temor pise este palacio mientras encienda el fuego de mi hogar Egisto, leal a mí como hasta ahora. Ése es para mí escudo no pequeño de valor. Yace en tierra el que ha injuriado a esta mujer, felicidad de las Criseidas bajo Ilión; y también esa esclava y adivina, la profetisa que compartió su lecho, fiel concubina, que ha desgastado junto a él los bancos de la nave. Ambos han tenido lo que merecían. Pues él, así, sin más, y ella después de cantar el último lamento de la muerte, yace, su amante, y me la ha traído el propio marido para condimento de mi gozo.***

- ¿Mataste a tu marido?

- Por justicia vengué la muerte de mi hija.

- ¿Qué justicia, Clitemnestra, la tuya?

- Sí, la mía. ¿Cómo crees que he podido soportar la muerte de mi querida, de mi amada hija Ifigenia, cuando era sólo una niña? Un sacrificio inútil, realizado tan sólo para que los vientos fueran favorables y la flota pudiera partir hacia Troya en una guerra de venganza, por recuperar a Helena, que tan sólo quería ser libre lejos del criminal Menelao. Mi pequeña Ifigenia, muerta a manos de su propio padre. ***No, innoble no creo que haya sido la muerte de Agamenón. Pues ¿no es éste quien ha traído una dolosa calamidad a la casa? Sufrió merecidamente por lo que hizo sufrir a mi retoño nacido de él, mi Ifigenia tan llorada. Que no se jacte demasiado en el Hades: con su muerte a filo de espada ha pagado todo cuanto hizo.***

- El coro no piensa como tú, Clitemnestra, el coro, todo Micenas, no para de llorar la muerte de su rey Agamenón. Cree que sin el tirano la sociedad sufrirá males interminables. Acaba de cantar: ***¿Qué destino podría venir en breve, sin excesivo sufrimiento, sin prolongada enfermedad, trayéndome el eterno sueño interminable, después que ha sucumbido el más bondadoso guardián y que tanto sufrió por obra de una mujer? Y ahora a manos de una mujer ha fallecido.***

- El coro está pagado por el rey y escribirá para él, para el predominio del hombre sobre la mujer, de la aristocracia sobre el pueblo, del fuerte sobre el débil.

Sí, yo fui esa mujer que mató al tirano, homicida de su propia hija. No me arrepiento, y luego he amado a otros hombres; y no me arrepiento; y nunca me he sentido más libre y más feliz. ¿Tiene el coro, Micenas, Esparta o Atenas, acaso potestad para llamar loca a Helena, por huir de las manos de un marido violento, nefasto, que embarcó con su sed de venganza a tantos hombres hacia la muerte, y fue uno de los causantes del asesinato de la luz de mis ojos, mi pequeña Ifigenia. Que se vayan al Hades cuantos cantan la locura de Helena: ***¡Ay, ay, la loca Helena, que tú sola has destruido tantas, tantísimas vidas bajo Troya! Te has adornado tú misma con una suprema, inolvidable corona, a causa de una sangre indeleble. En verdad, había entonces en el palacio una Discordia, establecida allí para desgracia de un hombre.***

Tú, como yo, no tienes la culpa de nada, Helena, hiciste bien marchando a Troya para ser más libre y más amada.

- Pero lo mataste, Clitemnestra por tu propia mano, fue un acto de venganza, no de justicia. La justicia es otra cosa.

- ¿Fue acaso justicia la muerte de mi hija, en un sacrificio inútil para llamar a los vientos a empujar la flota hacia Troya? ¿Fue acaso justicia asesinar a miles de hombres, mujeres y niños en Troya, sólo por recuperar a una esposa que huyó de su marido? Eso era venganza, y lo llamaron justicia. Mi acto contra Agamenón ha sido pura justicia y lo llaman venganza.

- Miré los pies de Clitemnestra y los vi muy blancos y muy desnudos y recordé una frase de un escritor uruguayo que anda volando por ahí: ***la justicia es como las serpientes, sólo muerden a los que van descalzos.***

Cuando llegábamos a uno de los caños que entran por la segunda salina, decidí declararla inocente:

- Yo te declaro inocente; pero sabes que los tribunales y los dioses te declararán culpable para que nada cambie; esa es la misión de las leyes y las revoluciones. Cambiarlo todo para que nada cambie.

Vete en paz, pero cuídate Clitemnestra, porque me han dicho que al pueblo ha llegado un hombre que se parece a Orestes, tu hijo; pero a Orestes sólo se le parece Orestes; luego ha llegado a Orestes; y viene contra ti, pidiendo venganza o justicia, que para eso están los clásicos para movernos el alma en un verano tranquilo a orillas de La Argónida.

ANTONIO COLINAS Y MI VIEJO PERRO MESTIZO BLANCO

Las bibliotecas, a veces, guardan nuestros recuerdos entre los viejos anaqueles de sus estanterías. Sin buscarlo, aparece de pronto el viejo

ciego que me llevó, tiempo atrás, a la ciudad de los inmortales; dos baldas más arriba, un tipo pálido pretende enseñarme dónde están los siete pilares de la sabiduría; bajo llave, me llama en silencio aquél que fue tachado injustamente de traidor y me dice que atravesase el Estrecho y sepa cuánto sufrió don Julián; o me engañan para que me pierda sin rencor en el bosque de la noche... Esta semana de entre los 30.000 volúmenes que tengo a mi disposición en una tercera planta secreta, que poca gente conoce, se presentó el pasado.

De pronto, debajo de una mesa se me apareció mi perro, un perro que fue mi sombra allá por los años 90. Nada más verlo adiviné el peligro que corría aquella biblioteca. Ninguno de los dos funcionarios que custodiaban la biblioteca se había percatado de su presencia. El viejo Coco volvía a ser, como el Cid después de muerto, la pérdida de los libros encuadernados, el horror de las cubiertas que protegen los tesoros escritos, la ruina de los forros hábilmente manipulados por artistas encuadernadores, la consternación de cualquier amante de los libros.

De todos los perros que he tenido, el mestizo blanco, que acabé acogiendo en mi pequeña habitación de un cuartel perdido, fue de todos el que más relación tuvo con los libros; por eso, de vez en cuando se me aparece por entre las mesas de las bibliotecas y me obliga a elegir aquellos volúmenes que él y yo, de diferente manera, degustamos.

El primer día que lo llevé conmigo a esa pequeña habitación del cuartel donde vivía se comió las pastas de cuatro volúmenes:

Primero, *La Ilíada*, editada en 1966 por Ediciones Alonso. Homero apenas le puso resistencia, y de todos los héroes armados que poblaban su páginas ninguno de ellos salió escudo en guardia y broncínea lanza al brazo a pararle los dientes al imposible lector.

Después arrambló con el tomo IV de *Las Vidas Paralelas* de Plutarco en edición de Iberia J. Gil del año 1944 y que compré en una feria de Libro Antiguo.

A continuación tomó por banda una edición del año 1972 del *Oliver Twist* y el *David Copperfield* de Dickens, editado por Nauta.

Para finalizar con el *Tratado de Armonía* de Antonio Colinas, editado por Tusquets en el año 1991: ***El perro se pasa las horas obsesiva y sutilísimamente atento a cuanto sucede en el valle. Un rumor, un silbido, un ramaje que cruje, bastan para inquietarlo. su sensibilidad debe de ser enorme. confío en que esa sensibilidad le sirva de goce y no de dolor. Pocas cosas hay tan amargas como el sufrir por un exceso de sensibilidad.***

Este último era el único libro que no tenía pastas de cuero, sino de cartón doradas. El hecho de que Antonio Colinas fuera elegido para esa efímera gloria selectiva junto a tan grandes clásicos hizo que a partir de entonces siguiera su poesía con razón o sin ella, y me apoyara en él y en su *Simiente Enterrada* en el mayor viaje de mi vida, cuando fui a China, a buscar a esa persona que fue unida para siempre a mí con un hilo rojo que pasa por la luna:

Lao Tse reconoce que el Cielo y la Tierra tratan a los seres como a "perros de paja"; esos perros que se quemaban en las antiguas ceremonias de purificación. El Tao no cree en la misericordia de lo superior; por eso el hombre tiene que crecerse ante la adversidad y, en las peores circunstancias, resistir y hacer buena con su propia bondad a la misma divinidad.

Así que, esta semana, cuando he visto a mi viejo perro mestizo blanco, por entre las mesas de mi biblioteca secreta, pensé que debía de arrastrarlo a la salida con el señuelo de un libro de Antonio Colinas, y como sabía que la *Larga Carta a Francesca* estaba en la estantería BQ-IV-8, lo cogí y vi como el mestizo, fiel, acudía como siempre al reclamo.

Esta vez, la *Larga Carta a Francesca* decidí leerla en el campo, pues el viejo Coco ya no es capaz de vivir entre paredes; y yo lo entiendo, seguramente a mí me pase lo mismo. Así que he estado muchas horas nuevamente con él, sentado a mis pies, como siempre, leyendo la *Larga Carta a Francesca*. Desde aquel primer día que tuve al mestizo en casa hace ya casi veinte años guardo mis volúmenes a una altura prudencial porque unas buenas pastas de cuero son un deseo incontenible para un perro que ama los libros.

Todavía se acordaba mi perro mestizo que Francesca perdió la razón, que ***el sueño es hijo de la noche y hermano gemelo de Tántalo, se acordaba de quién era por fin la destinataria de la carta, continuaba preguntándose si no habría un punto intermedio entre el amor y la muerte, y se acordaba que cuando cada noche las sombras devoraban el paraíso exterior, jugábamos a engañarnos con las lecturas, a olvidar con los versos y los relatos.***

SHELLEY Y EL ETERNO OZYMANDIAS

El Gran Ramsés II, tercer Faraón de la XIX Dinastía, ante cuyos pies todo el orbe se postra, ha ordenado a sus escribas que sobre piedra o sobre papiro den cumplida fe de su poder y que en el lenguaje jeroglífico reflejen su esencia inmortal y lo infinito de su reinado. También ha encomendado a sus escultores, tallistas y grabadores que cincelen colosales estatuas que hagan temblar las arenas del desierto para que,

ante su grandeza, los reyes se sientan esclavos.

I met a traveller from an antique land

Who said: Two vast and trunkless legs of stone

Stand in the desert. Near them, on the sand,

Half sunk, a shattered visage lies, whose frown,

(Conocí a un viajero de una antigua tierra

que dijo: dos vastas piernas de piedra sin tronco

se alzan en el desierto. Junto a él, en la arena,

medio enterrada yace un rostro destrozado cuyo ceño,...)

El Gran Faraón todavía no sabe que su nombre, alterado por el tiempo y la lengua griega, se ha convertido en polvo y lo ha salvado de las arenas un poeta inglés, hijo de nobles y hermano de la subversión, al que yo perseguí por el lago Lemán, el lago Serpentine y el mar de Liguria, cerca del Golfo de los Poetas.

Shelley, que anda tramando liberar a *Prometeo*, como un ensueño de la libertad final que debe ser conquistada por el ser humano, sabe desde hace unos días que viene en camino la estatua de un rey egipcio que ha sido encontrada semienterrada y partida en dos pedazos: piernas y alma por un lado; pecho, cabeza, corazón y vida por otro. Ha oído que Ramsés, al que Diodoro Sículo llamó equivocadamente Ozymandias, fue el hombre más poderoso de su tiempo y de su mundo y se imagina esa estatua enterrada en las arenas del desierto, completamente olvidada.

And wrinkled lip, and sneer of cold command,

Tell that its sculptor well those passions read

Which yet survive, stamped on these lifeless things,

The hand that mocked them and the heart that fed.

(y el labio arrugado, y el desdén frío del poder,

cuentan que su escultor labró fiel aquellas pasiones

que todavía sobreviven, grabadas en estas cosas muertas,

a las manos que las labraron y el corazón que las alimentó.)

Ya llega al Museo Británico el medio cuerpo mutilado de Ozymandias y Shelley deja caer sobre un papel 14 versos que traerán al Gran Faraón de nuevo a la vida, pero simplemente para enseñarle que no hay hombre ni mujer que haya pasado por esta tierra cuyo destino no sea la decadencia y el olvido; pasó con Ramsés, el dueño del orbe, pasó con Shelley, y pasará conmigo y contigo. Tú, Ozymandias, que orgulloso rendías a reyes y a esclavos.

Nothing beside remains. Round the decay

Of that colossal wreck, boundless and bare

The lone and level sands stretch far away

(Nada más permanece. Alrededor de la decadencia

de estas colosales ruinas, infinitas y desnudas

se extienden a lo lejos las solitarias y llanas arenas)

Shelley ha embarcado en el Don Juan rumbo a Pisa. Como es un poeta romántico sabe que morirá joven; y una tormenta en la mar es una oportunidad que él no va a desaprovechar. No busca la inmortalidad porque sabe que el futuro es decadencia y olvido y para que lo sepamos nosotros también escribe un soneto. No sería mala idea aprovechar esos versos y aprender a vivir, a poder ser felices; que la inmortalidad, el poder y la infinitud no son características de este mundo.

Escribe Hölderlin que todo lo que permanece lo fundan los poetas; y lo desmiente Borges en versos de un poeta menor, sabiendo que la meta es el olvido, y que nadie podrá a la larga evitarlo; ni los poderosos, ni los sabios, ni los fuertes, ni los bravos, ni los taimados, ni los ricos, ni los pobres, ni los buenos ni los malos.

And on the pedestal these words appear:

"My name is Ozymandias, king of kings:

Look on my works, ye Mighty, and despair!"

(Y sobre ese pedestal aparecen estas palabras:

"Mi nombre es Ozymandias, rey de reyes:

Mirad mis obras, vosotros los poderosos y desesperad")

Desesperad, como desespero yo, el gran Faraón Ozymandias, en el olvido.

LEONARDO PADURA, VIENTOS DE LA HABANA, VIENTOS DE CUARESMA

¿Él no estaba desconfiado? Di cómo hizo, a ver....

- Pues me lo crucé en la puerta de entrada y cuando llevábamos subiendo juntos varios escalones, no pude más y le dije: usted es Leonardo Padura, ¿no?. Y me contestó: sí. Así de simple.

Mientras subíamos a la primera planta de la Casa de América con dirección al salón Machado de Assís, le hablo de mi extrañeza de que deambule sin guía por esas escaleras, teniendo en cuenta que él era el principal invitado a la presentación de la película *Vientos de la Habana*, basada en su novela *Vientos de Cuaresma*. Como uno de mis oficios secretos, y malpagados, es perseguir palabras de escritores, intenté aprovechar esa oportunidad que en forma de unos minutos con Padura me ponía el destino delante: una sonrisa abierta, unas palabras con música, un par de fotos desenfocadas, una firma en un libro prestado y que él se apresuró a firmarlo con mi nombre en vez de con el de su propietaria, la sensación de que en sus ojos llevaba todo el calor de La Habana y saber que ***Él es el que conoce el misterio y el testimonio.***

En ese momento, tuvo que dejarme sentado en el pequeño sofá de la entrada porque empezaba el acto de presentación de la película *Vientos de La Habana*, dirigida por Félix Viscarret. El salón ya estaba lleno, y ***con la puntualidad de lo eterno llegó ese viento árido y sofocante que en la Habana deja las calles vacías, las puertas cerradas, los árboles vencidos, el barrio como asolado por una guerra eficaz y cruel, y se le ocurrió pensar que tras las puertas selladas podían estar corriendo huracanes de pasiones tan devastadoras como el viento callejero.*** Los vientos de Cuaresma.

Leonardo Padura comienza a hablar de su trabajo como guionista junto a su mujer, Lucía, su primera consejera literaria: *En una novela el autor tiene todas las potestades; sin embargo cuando escribe un guión presta un servicio. Es el director quien propone los tiempos, la economía de medios, el aprovechamiento de la luz y de los espacios, es quien encauza cada esfuerzo. Parafraseando a Chandler que anduvo escribiendo guiones para Hollywood, el escritor de novelas, cuando escribe guiones debe ponerse su segundo mejor traje.*

Era la una y veinte, pero ya todos estaban allí, seguro no faltaba ni uno. se habían dividido en grupos y eso que eran como doscientos

y, por el aspecto, se podían reconocer. Aunque ahora que Conde tiene rostro para el cine, cuando tanto lo escondió Padura en sus novelas: *Apenas está descrito como una nebulosa una vez, cuando el policía Mario Conde se mira en un espejo, explicando al lector no lo que es, sino lo que no es.* Como hacen los buenos prestidigitadores.

Habla de La Habana, de cómo esta película la refleja; una Habana que él siente desaparecer con todos los cambios que se están produciendo; una Habana íntima que él bien conoce y que vive, como un personaje más de sus novelas, entre el barrio de la Víbora y el barrio de Mantilla. Cuenta que la sociedad cubana está cambiando mucho y que empieza a haber ricos y pobres, algo que nunca habíamos visto.

Acaba de firmarme la novela *El Hombre que Amaba a los Perros*. Me está llevando con ella a la Rusia de León Trosky, a Turquía, a Francia, a México; a la España del sin sentido y la insensatez de Ramón Mercader; escribiendo entre *Herejes* que **sólo en los territorios de aquellos mundos conservados con empecinamiento al margen del tiempo real, y en cuyos bordes exteriores, Conde y sus amigos habían levantado las murallas más altas para protegerlos de las invasiones bárbaras, existían unos universos amables y permanentes a los cuales ninguno de ellos quería ni pretendía renunciar.**

Alguien del público le atribuyó la paternidad de la palabra *desmerengamiento* que podía leerse en una de sus novelas, y él explicó que la patente de esa palabra la tenía Fidel Castro, cuando habló del *desmerengamiento* del campo socialista. Al César lo que es del César. Ahora anda liado con una nueva novela de Mario Conde, y se le presenta el problema de que en el último libro Mario Conde dejó la policía y, como él dice, entre las categorías de autónomos en Cuba todavía no existe la de detective privado. Seguro que con habilidad resuelve este problema.

El hombre que sólo se ha puesto dos veces corbata en su vida y que recogió el Premio Princesa de Asturias 2015 vestido con guayabera y una pelota de béisbol en la mano, todavía tuvo tiempo de dedicarme unos minutos cuando terminó la presentación. No me queda más remedio que ir al cine a ver **Vientos de La Habana.**

MUJERES EN AFGANISTÁN: AZITA RAFAAT, MÓNICA BERNABÉ; Y EL RECUERDO DE WALLADA

A Afganistán llegué con Alejandro de Macedonia.

Desde Persia, marchamos al país de los bactrios. Las tropas griegas, tras duros combates, conquistaron los territorios más allá del río Oxus, el actual Amu Daria, estableciendo una extraña multiculturalidad greco-oriental que llega hasta nuestros días y cuya demostración palpable son

los restos arqueológicos encontrados en la fortaleza de Kurgansol entre los que destaca una magnífica bañera de mármol que desentona, y mucho, con el inhóspito paisaje que la cobija.

Quien pone sus pies en Herat está poniendo los pies en Aria, ciudad fundada por Alejandro, fortificada por éste y eje fundamental de la unión del Oriente y el Occidente, idea que vivía en la mente del joven macedonio desde que inició sus conquistas y que su temprana muerte y la ambición de sus generales, tal vez evitaron.

Quien pone sus pies en Kandahar los está poniendo en Aracosia, lugar en el que el historiador griego Heródoto sitúa a una tribu llamada los pactyans, los pastunes.

Alejandro sabía que Bactria y Sogdia constituían el principal nudo de comunicaciones entre Oriente y Occidente. Parece que poco ha cambiado desde entonces, e incluso ha aumentado su importancia estratégica por todo lo que se comenta que yace en el subsuelo, y que el mismo nombre de la ruta que transitaban los soldados de la coalición que han operado en Afganistán deja entrever: *Lithium*

Por ese motivo, y por el bendito sueño de unir Oriente y Occidente, de unir lo que está desunido, Alejandro Magno decide tomar en matrimonio a una joven de una tribu perdida de Afganistán, Roxana, en contra de la opinión de sus generales, Parmenion entre ellos, que querían una noble griega para que su rey nunca abandonara la estirpe de los peleidas, de quien se le suponía descendiente, en palabras de Plutarco. Una unión que poco le sobrevivió, pues su hijo Alejandro, su heredero, fue asesinado, al igual que Roxana, su mujer afgana, por nobles griegos que poca o ninguna gana tenían de que su rey fuera de una raza distinta a la griega, aunque llevara la sangre del mismísimo Alejandro Magno.

Ahora he vuelto a Afganistán de la mano de dos valientes mujeres, cada una a su manera; **Azita Rafaat** y **Mónica Bernabé**; y también he viajado con otras valientes mujeres afganas que viven, mueren, sufren, luchan y levantan su voz tras el objetivo de la cámara de **Gervasio Sánchez**.

Decidí visitar la exposición **Mujeres en Afganistán** y entrevistar para el periódico en el que ahora trabajo a **Azita Rafaat**.

Hablar con **Azita** es hablar con la luz; es hablar con la voz de esas otras mujeres, (*Nunca hubo un momento en mi matrimonio en que no me sintiera violada*), que todavía no han podido comprar su libertad como pudo hacer ella; es hablar de la lucha contra la tradición, contra unas estructuras sociales que encierran a las mujeres entre las cuatro paredes de su casa, negándoles la educación y la posibilidad de vivir con sus propios recursos, independientes del hombre. (*Si deseas mi muerte no te*

preocupes, que ya me quemo yo sola). Es hablar contra el desconsuelo, el pesar, el daño, y contra la muerte.

.

A veces, no hay más refugio contra el dolor que la poesía, y con ella, me cuenta Azita que empezó a bailar a solas, sintiéndose inundada por la tristeza, cuando su padre la obligó a casarse con quince años con un hombre, analfabeto, que ya tenía una esposa, Con él tuvo cuatro hijas, cuatro soles, que la sociedad afgana, ciega, las deja sin valor cuando las compara con el varón; por este motivo su marido y la familia de su marido la odiaba: *no era capaz de dar a luz a un hombre para la familia*.

A su hija menor empezó a vestirla como un niño y le cortó el pelo para que viviera y se educara con las posibilidades de un varón en una tierra exclusivamente forjada por hombres. Fue diputada en el Parlamento afgano tras la caída de los talibanes, pero ese pequeño soplo de libertad fue un espejismo. Por el Parlamento andan ahora volando señores de la guerra que apoyaron a la coalición, y exigen su compensación en forma de poder a cambio de la victoria.

Azita fue perseguida, fue acosada, pero no fue vencida. Tuvo que pagar a su marido por su libertad y por la de sus cuatro hijas. Ahora vive exiliada. Consiguió salir de su prisión con sus cuatro soles. Y ahora levanta su voz, con valentía, con orgullo, contando el sufrimiento por el que pasan muchas mujeres en Afganistán.

Después de visitar la exposición ***Mujeres en Afganistán***, desempolvé los versos de la poeta de Al-Andalus ***Wallada Ibn al-Mustafki***, hija del califa de Córdoba, hermosa como la miel y siempre libre, Nunca quiso casarse; aunque conoció la fuerza del amor y los desengaños. Cuenta la leyenda que en la parte de su manto que caía sobre el hombro derecho llevaba bordados estos versos:

Estoy hecha por Dios para la Gloria

y sigo orgullosa por mi propio camino

Y sobre el hombro izquierdo podían leerse estas palabras escritas:

Doy mi poder a mi amante sobre mi mejilla

y mis versos ofrezco a quien los desea.

Wallada nunca contrajo matrimonio. Con su dote, heredada de su padre, el califa, cuentan que compró su libertad escapando de la confinación que guardaba a la mujer dentro, y sólo dentro, de la vida privada de los hombres. El mito de Wallada se ha impuesto sobre su poesía, luz blanca y

hermosa, pero al escucharla sentimos que la libertad de todas esas mujeres afganas que viven en la oscuridad y la miseria puede ganarse con la lucha de mujeres como **Azita Rafaat y Mónica Bernabé**.

Sabes que soy la luna de los cielos

luz blanca y hermosa

Pero para tu desgracia, has preferido la oscuridad y la miseria

sumérgete en el pozo negro de las cloacas,

porque nunca entrarás de nuevo en mi paraíso.

Y esperamos con ansia que llegue ese día en que todas las mujeres afganas levanten su voz y puedan gritar, como Wallada, sin miedo:

Nosotras también estamos hechas por Dios para la Gloria

y seguimos orgullosas por nuestro propio camino.

Gracias Azita, por tu valor y por dejar que tus palabras vivan impresas en nuestro modesto **Periódico Tierra**; y gracias, Mónica, también por tu valor y por tu hospitalaria presencia durante tanto tiempo en tierras afganas, donde te cruzabas con nosotros siempre con una sonrisa.

La exposición **Mujeres en Afganistán** está en el Conde Duque hasta el 24 de noviembre; con textos de **Mónica Bernabé** y fotografías de **Gervasio Sanchez**; alguien que también ha vivido muchas batallas. La entrevista con **Azita** y el reportaje fotográfico realizado por **Ángel Manrique** y del que estas fotos son una muestra saldrán en el número de noviembre del **Periódico Tierra**: Palabras, corazón, vida y valor.

SARAMAGO, TOCQUEVILLE Y PLUTARCO; ¿QUÉ QUERRÁN DE MÍ?

Cada sentido mueve los resortes de nuestra conciencia de diferente manera, los olores y sabores son los que juegan con mayor fidelidad con el pasado y, sobre todo, con la infancia; el tacto está hecho para vivir en el presente del que nunca desea escapar, pues se disuelve como azúcar en los borrosos recuerdos del pretérito; el oído preserva voces y sonidos porque prefiere moverse como un pez por el futuro; y la vista está hecha para supurar la belleza, y no deja de componer en nuestra conciencia paisajes; para ella todo gira en torno a los paisajes; ya sea en el horizonte, en los retratos o en los bodegones que moldean cada fotograma que descomponen nuestra vida.

Incluso *Alzado del Suelo* lo que nos abruma es el paisaje porque **lo que más hay en la tierra es paisaje. Paisaje ha sobrado siempre**. Y es

bien sabido que **los paisajes mueren porque los matan no porque se suicidan.**

En esa biblioteca escondida con más de 40.000 volúmenes, que regenta un viejo coronel, que bien pudiera apellidarse Buendía, pero se apellida Ibáñez, llevaba un tiempo viendo en la estantería BO-II-46 un libro de José Saramago que, por un motivo u otro, nunca antes se había cruzado en mi camino: **Alzado del Suelo.**

En ella el paisaje deja de ser protagonista y el latifundio se lo come todo con sus propias leyes, **las leyes del latifundio son estrictas, lo mismo da para regular la propiedad de la bellota como la recogida de la leña.** Saramago, fiel a su conciencia, narra con mano maestra, a través del pensamiento interior, la historia de tres generaciones de jornaleros, y también la historia social de un trocito de Portugal. **Parecen sólo cosas de viejos pero son sólo cosas de gente cansada antes de que les llegue la vejez. Yo no sé de qué me habla, señor policía, mi vida no ha sido sino trabajar desde que nací,** explica un tal Malt tiempo; aunque es bien sabido que la injusticia no consigue convertir a aquellos a quienes oprime en seres bondadosos y justos con los que andan bajo su bota, si no Domingo Malt tiempo no andaría siempre borracho, ni sería un maltratador, ni un mal hablado, ni trataría a sus hijos como animales; **trabajo bruto, limpiar los campos y prepararlos para la siembra, trabajo de fuerza que no debe exigírsele a un niño. O le pinchaba el cuerpo con un bastón de contera como un chuzo, y cuanto más gritaba y lloraba el sobrino, más reía el desalmado.**

El tiempo de la novela y de la Historia va horadando los surcos del latifundio; y esas revoluciones interiores del alma y exteriores del cuerpo, que barrieron el siglo XX con dolores ingratos para todo el mundo, se mueven retorciéndose como una serpiente y su presa en la hondonada de un arroyo de Monte Lavre, **sin saber por qué tanta es la desgracia y el premio tan pequeño.**

Ese tiempo *Alzado del Suelo*, va uniéndose a esa gran revolución que desde el principio de los tiempos con lentos pasos de cangrejo va igualando o desigualando a las personas; que, como Tocqueville escribe en su *Democracia en América*: **yo no conozco más que dos maneras de hacer reinar la igualdad en el mundo político: hay que conceder derechos a cada ciudadano o no dárselos a nadie.** La eterna lucha entre la libertad y la igualdad. El problema es que cuando ha ganado una de ellas ha perdido la justicia.

Esa fue en mi opinión la gran falla de aquellos países en los que la gran revolución social del siglo XX tuvo éxito, un éxito y una alegría inicial que acabó en drama, hambre, pobreza, gulags y muerte: **El poder deja a los hombres en la igualdad de la pobreza y sin libertad, perdida en nombre de la igualdad,** y continúa Tocqueville, **cuando los**

ciudadanos son casi iguales todos se les hace difícil defender su independencia contra las agresiones del poder, que el tiempo vicia y, sin escape, lo convierte en corrupto. De ahí que la política no deba ser más que un estado transitorio en la vida de un hombre.

Saramago, apenas cuestiona en su novela la propiedad de la tierra, en manos de Norbertos, Adalbertos o Gilbertos; sino el estado de los súbditos en tiempos de Salazar; **si viniera la libertad, y al fin la libertad no vino, ¿ha visto alguien la libertad?, ¿esa de que tanto se habla?, pero libertad no es mujer que ande por los caminos, no se sienta en una piedra esperando que la inviten a cenar o a dormir en nuestra cama el resto de la vida.** Tocqueville, enemigo de las revoluciones y de la sangre, que mirando hacia atrás en el tiempo, parece que no han resuelto nada, véanse las desamortizaciones y las infinitas reformas agrarias que hicieron más ricos a los ricos o al poder y sus advenedizos políticos, y no hicieron más que traer dolor a los de siempre, apela a la *Ley de Sucesiones* para resolver el problema de la tierra, sin violencia ni tanta sangre derramada: **estas leyes de sucesiones deberían ser colocadas a la cabeza de todas las instituciones políticas. Los bienes a la muerte del propietario no sólo cambian de dueño sino de naturaleza; se fraccionan sin cesar; si la ley de sucesión fuera por progenitura las extensiones territoriales no se dividirían; pero en el reparto por igual va dividiéndose hasta desaparecer.**

Como vuelvo de vez en cuando a Plutarco y a sus *Vidas Paralelas*, porque creo que ya todo lo escribieron los clásicos, y los demás no hacemos más que plagiar sus palabras y convertir la biblioteca clásica en un mar de versiones homéricas en verso y prosa, me acerco a ese primer revolucionario, que trató de realizar la primera gran reforma agraria en Roma y entregar a la plebe parte del *Ager Publicus*, la tierra pública que pertenecía a Roma y de la que sólo la nobleza era beneficiaria, Tiberio Graco (163-133 a.c.):

Las fieras que discurren por los bosques de Italia tienen cada una sus guaridas y sus cuevas; los que pelean y mueren por Italia sólo participan del aire y de la luz, y de ninguna otra cosa más; sino que, sin techo y sin casas, andan errantes con sus hijos y sus mujeres; no dicen verdad sus caudillos cuando en las batallas exhortan a los soldados a combatir contra sus enemigos por sus aras y sus sepulcros, porque de un gran número de romanos ninguno tiene ara, patria, ni sepulcro; sino que por el regalo y la riqueza ajena pelean y mueren, y cuando se dice que son señores de toda la tierra, ni siquiera un terrón tienen propio.

Tiberio fue derrotado, despedazado y su cuerpo arrojado al río Tiber, por intentar una revolución; y eso que era nieto ni más ni menos que de Escipión, el Africano, el hombre que derrotó a Aníbal, y salvó de la

destrucción a Roma. Yo hubiera peleado aquella noche junto a Tiberio Graco en el monte Aventino; al fin y al cabo, soy un soldado y para eso están los soldados, para luchar por causas como la de Tiberio Graco.

Libertad o igualdad, he ahí el dilema; sabiendo que la igualdad absoluta no ha traído más que prisiones, dolor y muerte y la libertad absoluta no ha traído más que injusticia social.

He vuelto a leer este texto y creo que me he metido en un lío, tan sólo por leer a Saramago. Y a Tocqueville. Y a Plutarco. Esas bibliotecas escondidas, mi abuela Magdalena, mis padres y sus enciclopedias y un viejo profesor de Literatura tienen la culpa. Si yo sólo quería ser futbolista.

BOB DYLAN, PREMIO NOBEL, FLOTANDO EN EL VIENTO, BLOWING IN THE WIND

Un aedo, un poeta ciego, acaba de poner sus pies en Esmirna. Llega procedente de Quiós, dicen que canta hexámetros como nadie acompañado de su lira de tres cuerdas. Ahora en el ágora, se ha reunido toda la ciudad para escuchar, de su boca y con su música, la historia de la guerra más grande jamás contada: la guerra de Troya. Ha subido los tres peldaños que dan acceso, a través de las columnas, al templo y se ha puesto a cantar su poesía:

Μῦθον εἶδε θεὸν Πηληϊόδεω χιλιόσ

οἴλομνην μῦρον χαιοῖσιν ἄθηκεν

πολλοὺς φθόμουχους ἰδιπροάψεν

ῥωγατοφῶλοισι χεκνεσσιν

ὠνοπέδα τραδιοὺς τελεετβουλ

¡Canta, oh Diosa, la cólera de Aquiles, hijo de Peleo!

ira maldita que lanzó entre los aqueos tanto dolor,

y muchas almas valientes, arrojó a los infiernos,

de magníficos hombres, a los que dejó por presa a los perros

y a los pájaros. Se cumplía la voluntad de Zeus.

Ninguno de los que están en el ágora escuchando sus canciones sabe que este aedo ha compuesto la obra más grande de la *Literatura Universal* y que de sus labios están oyendo cómo va a ser la construcción de

Occidente, mientras sus palabras van flotando en el viento.

Pasan días y estaciones; y pasan cientos de aedos que lanzan al aire versos y hexámetros imposibles.

Un juglar empieza a cantar en el mercado de Medinaceli, la gente al oír los primeros tonos del laúd se va acercando al poeta que vende sus versos encadenados por las plazas. Canta afrentas, combates de caballeros, bodas, honras y destierros; **polvo, sudor y hierro:**

Mio Cid Ruy Díaz **por Burgos entraba,**
En su compañía **lx pendones levaba.**
Exien lo ver **mugieres y varones,**
Burgueses e burguesas **por las siniestras son**
Florando de los ojos **tanto a bien el dolor**
De las sus bocas **todos dizian una razón:**
¡Dios que buen vasallo! **¡Si oviesse buen señor!**

Nadie en el mercado que escucha al juglar sabe que esos casi cuatro mil versos serán infinitas veces impresos para formar parte de la inmortal *Literatura* en lengua castellana. Mientras, la voz del juglar sigue flotando en el aire.

Pasan días y estaciones; y pasan cientos de juglares que lanzan al aire versos encadenados imposibles.

Un cantaor de madrugada, en un colmao de Cádiz, empieza a cantar una seguriya, acompañado de una guitarra flamenca. Acaba de llegar de Hispanoamérica y en su cabeza lleva y trae todas las coplas del mundo a su manera. Nadie apuesta a que este payo barbado *pueda pasar por los tonos sin romperlos:*

Cualquiera que a mi me oyera
comprenderá, compañera,
comprenderá mi pasión.
Lo que la boca no habla

lo publica, compañera,

lo publica el corazón.

Válgame Dios, compañera,

lo que paso por quererte,

cuando te escucho nombrar

me dan fatigas de muerte.

En ese colmado de Cádiz saben que han empezado a flotar, con el viento de la noche de la bahía, palabras que pintan arte, palabras que son literatura hablada, escrita o cantada, *Literatura* de verdad; *obras de un creador, un jardinero.*

Pasan días y estaciones; y pasan cientos de cantaores que lanzan al aire versos octosílabos llenos de quejidos.

En los escalones del Monumento a Abraham Lincoln en Washington un joven con una armónica y su guitarra echa al aire unos versos. Son palabras que van flotando con el viento. Cuantos allí se han reunido adivinan metáforas, comparaciones, consonancias, ritmos y acentos:

How many roads must a man walk down

before you call him a man?

How many seas must a white dove sail

before she sleeps in the sand?

How many times must the cannonballs fly

before they are forever banned?

The answer, my friend, is blowing in the wind,

The answer is blowing in the wind...

¿Cuántos caminos debe recorrer un hombre,

antes de que le llames "hombre"?

¿Cuántos mares debe surcar una blanca paloma,

antes de dormir en la arena?

¿Cuántas veces deben volar las balas de cañón,

antes de que sean prohibidas para siempre?

La respuesta, amigo mío, está flotando en el viento,

la respuesta está flotando en el viento...

En ese parque de Washington nadie ignora que como en el mercado de Esmirna, en la plaza de Burgos o en el colmao gitano de Cádiz, la literatura, hecha de palabras, va flotando con el viento.

Nadie ignora que la literatura nació para ser cantada y que cantada sigue viviendo; cambiando ritmos, formas y contenidos y que sigue viva para que pasen días y estaciones; y vengan cientos de aedos, juglares, cantaores y cantantes que lancen al aire sus versos, llenos de historias que viven flotando en el viento.

EL MATADERO, ENTRE EL MAL Y EL HORROR, ESTEBAN ECHEVERRÍA

Es bien sabido que ***la violencia define***, y este axioma ha sido llevado a la práctica en cualquier tipo de conflicto desde el principio de los tiempos; pero es en las guerras civiles cuando el manejo del terror y la muerte hace engrosar la maquinaria bélica con buena carne dispuesta para la trituradora. Con el miedo se logra el exilio y la huida de algunos; otros, con una falsa bandera, vestidos de indios, matan a las familias de aquellos que quieren que luchen contra los indios a su favor sin que estos jamás adviertan el cruel engaño; otros se adhieren, matando en nombre de la libertad y la igualdad, nobles ideales, a causas que terminan en una oscura cárcel construida con el pico de un piolet; y la mayoría, con la violencia y el miedo a lo propio o a lo ajeno, son embarcados, más forzosos que voluntariamente, al fragor de la batalla.

He visto con mis ojos alguna guerra civil en la que la seña de identidad más clarificadora para la distinción del enemigo era el tamaño de su cabeza, pues no encontraban entre sus vecinos una pista identitaria menos brumosa. Los escritores argentinos a los que siempre vuelvo cada año con metódica fiereza me hicieron odiar a todo lo que sonaba al dictador Juan Manuel de Rosas, príncipe del gauchaje y la barbarie; y me han convertido en un unitario desafortunado. En las guerras civiles entre federales y unitarios en Argentina, la violencia definía, empezando por la vestimenta y el afeitado; patillas y barbas tusadas a la federala, barba unitaria recortada en forma de U y sin bigote, divisa punzó en una cinta roja, o colores azul y verde.- ***¿No le ven la patilla en forma de U? No trae divisas en el fraque ni luto en el sombrero.- Perro unitario.- Es***

un cajetilla.- Monta en silla como los gringos.- ¡La tijera!- Es preciso sobarlo.- ¿Por qué no traes divisas?- Porque no quiero.- ¿No sabes que lo manda el Restaurador?- La librea es para vosotros, esclavos, no para los hombres libres.- A los libres se les hace llevar a la fuerza.- Sí, a la fuerza y a la violencia bestial. Esas son vuestras armas infames. El lobo, el tigre, la pantera también son fuerte como vosotros. Deberíais andar como ellos en cuatro patas.El unitario, a caballo, en un error fatal, sin darse cuenta, ha llegado a **El Matadero**. Lo han identificado, nada más verlo, todos los que allí habitan: el juez del matadero, imagínenselo, los gauchos que manejan a los toros, los carniceros que trinchan las cabezas de ganado, los que arramplan como pueden los despojos que quedan en el barro disputándose a los perros, negras rebusconas de achuras, tullidos, niños solitarios, que buscan unas migajas de sebo o entrañas que el barro había escondido para saciar el hambre: **- Ahí se mete el sebo en las tetas, la tía - gritaba uno.- ¡Qué le hago yo, no sea malo!, yo no quiero sino la panza y las tripas.**Ese es el futuro que le queda al unitario, jaleada su tortura por todos; por el juez, por los carniceros, por el gauchaje, por los pobres hambrientos, por los tullidos; ningún elemento social escapa a la atrayente imagen del horror y del dolor ajeno; y si es por conseguir un trozo de carne, menos todavía. Será despellejado, mientras todos aplauden, abierto en canal, encima de la mesa del juez, **sus fuerzas se habían agotado, inmediatamente quedó atado en cruz y empezaron la obra de desnudarlo. Entonces un torrente de sangre brotó borbolloneando de la boca y las narices del joven unitario, y extendiéndose empezó a caer a chorros por ambos lados de la mesa. -Tenía un río de sangre en las venas- dijo uno. -Pobre diablo, queríamos únicamente divertirnos con él- exclamó el juez frunciendo el ceño de tigre -es preciso dar parte, desátenlo y vamos.**Esa patria común que es el castellano me ha enconado con acento criollo contra la federación rosina, **cuyos apóstoles eran los carniceros degolladores que propagaban a verga y puñal la federación y no es difícil imaginarse qué federación saldría de sus cabezas y cuchillas**, sabiendo como sé que la violencia define y la línea que separa una violencia de otra es tan delgada que es muy difícil no tomar partido por una de ellas, porque un río de sangre, miedo o venganza te va a arrastrar hacia uno de los lados.- No, a mí no, conmigo no lo hará; la violencia define, pero de alguna forma podremos elegir- le dije.- Ya me contarás cuando vengan a por ti, y te digan que pelees con ellos porque tu mujer y tus hijos están en sus manos; o que pelees contra ellos porque mataron a tu mujer y a tus hijos. Terminarás, también, matando a la gente que tengan la cabeza más grande que tú.- Y si no es la cabeza, los que no lleven la barba larga, o la divisa punzó en su fraque- terminé diciéndole yo.El hombre, que se paró junto a nuestro vehículo y me pidió tabaco, en un fluido inglés, metió la cajetilla de Ducados en una bolsa de plástico en la que sonaban botellas, seguramente llenas de rakia para pasar el frío de la noche o para olvidar, se echó al hombro el Kaláshnikov, cruzó el bulevard de Móstar y se dirigió por detrás del hotel Ero a las

trincheras, a matar a gente que antes eran sus vecinos y ahora, supuestamente, tenían la cabeza de mayor tamaño que la suya. He vuelto a **El Matadero** con Esteban Echeverría, me dije aquella noche de convoy en Móstar.

CON LORENZO SILVA, DONDE LOS ESCORPIONES

A **Lorenzo Silva** lo conocí en el Cuartel General, en un laberinto de pasillos, salas y oficinas donde a veces se echa de menos el hilo de Ariadna para, en el caso de dar con el minotauro, poder luego encontrar con menos dificultad el camino de vuelta.

Cuando la mañana tocaba a su fin, en la que no paró de hablar de Diwaniya y de la batalla de Nayaf, cuando la base española Al-Andalus fue atacada por el ejército de Al-Madhi, me preguntó si podía acompañarlo a la puerta. Como yo sé que los escritores guardan la mejor sabiduría en los detalles pensé que ese pequeño camino, dilatado en el tiempo con más pericia que un taxista de El Cairo, sería suficiente para hablar con un escritor a quien yo había seguido desde sus inicios, porque me habitué a regalar, en el intercambio familiar de presentes navideños las aventuras de los dos guardias civiles Bevilacqua y Chamorro, al guardia civil de mi familia, que por aquel entonces andaba destinado en la Comandancia de Bilbao.

Me habló de Literatura, de su pasado como abogado, de la *Playa de Ákaba*, nombre motivado por su relación con Lawrence de Arabia, del daño que andaba haciendo la piratería a los creadores, de las bibliotecas y de libros, sobre todo, de libros; y reconocí al oírlo que, como decía Stendhal, **la verdad está en los detalles.**

Como el taxista de El Cairo cometió el error de pasearlo dos veces por el mismo despacho del Mando de Apoyo Logístico, y cayendo en la cuenta de que **todo escritor es un buen lector, un buen observador y, lo más importante, un buen escuchador**, decidí enfilar rápido el camino de salida; pues no quería abusar de la confianza que me brindaba el escritor el primer día que nos veíamos. Al despedirnos, me pidió mi dirección y me emplazó para vernos otro día más pausadamente.

Unos días más tarde y unos cuantos correos electrónicos intercambiados, recibí en casa un libro que me hizo recordar los corimecs de viejas misiones, las largas horas por caminos y carreteras sin asfaltar, las interminables conversaciones sobre su vida o la mía con un intérprete que cada día era mi voz y algunas veces mi alma, o las llamadas a casa a través de satélite donde se oía la voz del retorno más que tu propia voz. Al abrir el buzón encontré un sobre y dentro un libro: **Donde los escorpiones.** Ya tenía yo ganas de ir a Afganistán, me dije, y éste es el mejor de los momentos, viajaré hasta allí **cruzando las montañas del Hindu Kush, por pistas mortales que discurren pegadas a**

barrancos y por encima de los 4.000 metros de altitud, hasta llegar al Panshir. Con Lorenzo Silva iba a viajar a uno de esos sitios donde uno **recupera la figura del sofista Trasímaco, y en particular una famosa frase que le atribuye Platón: "Lo justo no es otra cosa que lo útil para el fuerte"**.

Así que desde la página inicial, y siguiendo la costumbre de que la primera piedra de toda novela de Bevilacqua y Chamorro la ponga el *Lapidario* de Alfonso X, en ésta la *ceminez*, **que quiere decir en caldeo llorador porque el que la trae consigo á sabor de llorar e de estar triste**, me voy a viajar a Herat a la Base de Apoyo Avanzado, que antes era un arenal inhóspito donde sólo vivían los escorpiones.

Para el que quiera saber cómo es una misión del ejército español, éste es el libro; qué hacen los militares españoles; dónde viven, trabajan y duermen, qué es un punto de situación, sus relaciones con contingentes de otros países, esa difícil comunicación con los familiares que quedan en casa con problemas igual o más grandes que los de los militares, qué hacen en su tiempo libre, por qué dedican tanto tiempo a entrenar en una base bien cerrada en la que las salidas necesitan de excepcionales medidas de seguridad y con un exceso de calorías en la alimentación:

¿La maldición de la base? –dijo Chamorro– ¿Cuál es?

–Según dicen– explicó el capitán–, de aquí sólo se sale de dos maneras. O hecho un toro, o hecho una vaca. Hay que elegir.

–¿Y cuánto puede correr uno con este calor sin caerse muerto al suelo? –pregunté.

Está claro, como sabe Bevilacqua, que la verdad está en los detalles; y así lo demuestra Lorenzo Silva, que ha visitado la lavandería de la base de Herat, los comedores, los corimecs que quedan vacíos y sólo se utilizan en los relevos cuando dos contingentes coinciden en el mismo lugar y en el mismo tiempo, ha andado de noche paseando junto a los soldados y observando que la luna, cuando es afgantsy tiene otro color y se ve de diferente manera.

También cuando se acompaña a los guardias civiles Bevilacqua y Chamorro en su investigación por la muerte del sargento Pascual en Afganistán, se agradecen, y mucho, las pinceladas de la historia de Afganistán que navegan por las páginas junto a la realidad social de la mujer en aquella tierra que vira hacia la oscuridad con los vaivenes políticos, con detalles, otra vez los detalles, que desconocíamos: **El programa del gobierno comunista prosoviético incluía por primera vez el derecho a la educación, efectivo y universal, y no sólo en las grandes ciudades, para las mujeres afganas, a las que se les dijo que "eran dueñas de sus cuerpos, podían casarse con quien**

quisieran y no tenían que vivir encerradas en las casas como si fueran mascotas". La reacción a esa política fue que en un pueblo cercano a Herat los paisanos, inflamados por la decisión del jefe comunista local de enviar a la fuerza a las niñas a la escuela se alzaron en armas, mataron a los comunistas y de paso a las propias niñas, y marcharon en armas sobre la ciudad. Otro tanto hicieron los habitantes de muchas localidades de los alrededores de Herat, formando una masa enfurecida que avanzó por las avenidas flanqueadas de pinos que conducen al centro, pasó junto a la ciudadela de Alejandro Magno y arrasó con todo.

Mientras nos llenamos de detalles los guardias civiles Bevilacqua y Chamorro, van a lo suyo: tienen un corimec vacío que sólo se utiliza para encuentros esporádicos, un cuchillo amapolero, que lo venden los comerciantes de la zona que tienen permiso para entrar a hacer sus negocios en la base y montan un mercadillo para que los militares no tengan que salir; también tienen soldados del contingente español, italiano y norteamericano, contratistas y buscavidas occidentales y luego personal afgano que trabaja en la base que ***si no lo alistaron los comunistas o los rusos, lo enrolaron los talibanes, y si no, los de la Alianza del Norte, o todos, uno detrás de otro.***

Ha habido un crimen y los agentes, con un recorrido personal, espiritual y material, buscan al culpable, sabiendo que ***todos somos culpables, porque todos existimos, y actuamos sin saber, y siempre nos acabamos llevando por delante a algo o a alguien. Mi duda es otra, hasta dónde pasó lo que pasó y porqué.*** Para saber eso hay que viajar a Herat, allí, ***Donde los escorpiones.*** Incluso los que ya han estado allí y compraron un *lohar* deben hacerlo.

SHAKESPEARE ENTRE SONETOS, CONSTRUYENDO EL CORAZÓN DEL HOMBRE

Una de las cosas que más siento en mi lucha con el idioma inglés es no haber podido acercarme de verdad nunca a Shakespeare, y que el conocimiento de su obra me llegara a través de un diccionario y de una decena de *versiones homéricas* que tengo en mi estantería, ninguna de ellas fieles al original o, tal vez, todas. En eso envidio a Borges, que aprendió a hablar inglés antes que español; aunque también lamentó mi misma ansiedad en su relación con el griego, el ruso, el danés e incluso el alemán.

Del más castigado de los sonetos de Shakespeare, el soneto 66, existen múltiples traducciones por voces apócrifas: Boris Pasternak lo tradujo al ruso y las instituciones soviéticas lo hicieron suyo como símbolo de la opresión capitalista. También ofreció su versión opuesta cuando fue utilizado en la Europa que se desembarazaba del yugo comunista, e incluso Vicente Amezaga lo tradujo al vasco en 1954. Fue traducido al

danés que leyó Ibsen, al alemán que forjó Kafka y al polaco enarbolado contra las voces infames. De todo eso era capaz un simple soneto; catorce versos: tres cuartetos y un pareado final.

He arramplado con una traducción de Mariano de Vedia Mitre, a quien conocí de boca del profesor Ángel-Luis Pujante, y me he dado cuenta de que hace quinientos años el negro corazón del hombre era igual de infame que en estos días que vivimos, pues;

Harto de todo imploro en paz mi muerte,

el mérito a ser pobre destinado,

y ostentosa la nada más inerte

y el limpio juramento quebrantado

y el honor arbitrario conferido,

la pura virtud prostituida

y lo correcto vilmente escarnecido

y la fuerza por mancos impedida

y el arte amordazado por quien manda

y la memez maestro del talento

y la lealtad llamada ingenua y blanda

y el justo bien sujeto al mal violento.

Harto de todo, el mundo yo dejara

si muriendo a mi amor no abandonara.

Espejo de su sociedad y de la nuestra, este soneto envuelve el alma humana y lo construye con los mimbres de sus muchos vicios. ¿Acaso no está ahora el mérito andando en la pobreza y la mediocridad campando en la riqueza?; y la palabra escarnecida; y el honor y la virtud vapuleados; y huérfana la fuerza; y el arte amordazado por el poder o por el mercado; y la justicia bien sujeta al mal violento. Ciertamente, según Harold Bloom, Shakespeare es la esencia de *la construcción de lo humano*.

Yo también lo creo, pero mi problema es que nunca he leído a Shakespeare abrazando cada palabra, cada espacio, cada signo, como si hubiera nacido ya sabiéndolo. De los sonetos de Shakespeare tengo más

de diez versiones en las estanterías de la buhardilla, mientras que de *El Quijote* sólo tengo una y no tiene más inicio que: ***En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...***

Agarro otra traducción del soneto 66 y me desanimo cuando leo:

Ya harto. el descanso de la muerte

Pediría, viendo al mérito mendigo,

Y lo nulo e indigno engalanado,

Y la pura confianza defraudada,

Y la honra adjudicada erróneamente,

Y la casta virtud prostituida,

Y lo digno y perfecto envilecido,

Y la fuerza vejada por deformes,

Y el arte injustamente amordazado,

Y al necio doctoral juez del talento,

Y la simple verdad vuelta simpleza,

Y el bien del prepotente mal cautivo.

Ya harto de pesares, partiría,

Mas si muero a mi amor dejaré sólo.

Se parecen las dos; pero son dos versiones diferentes de un mismo poema de Shakespeare, dos versiones que llamamos traducciones, en las que es imposible discernir la verdad de la poesía de la verdad del poeta.

Es una pena que no pudiéramos sabiendo todos los idiomas del mundo, así sería más fácil llegar a la creación de un ***texto definitivo***, que ahora ***no corresponde sino a la religión o al cansancio***.

EN LA ORTHODOXIA DE ULISES BÉRTOLO

He andado por la Catedral de León, acompañado por un libro en cuya portada viene impresa una salamandra, buscando los secretos que se escondían en sus paredes, porque la etapa ocho, de las trece del Camino, en el Libro V es la de Sagunto a León. He esperado en silencio que la

Catedral de Santiago se quede en calma, pues si los enigmas que esconde el Apóstol tuvieran que descansar en algún lugar, sin duda habría que empezar a buscar por aquí; **bienaventurado el varón que soporta la prueba; recibirá la corona de la vida, que ha prometido el Señor a los que lo aman.** He iniciado mi viaje en el Monasterio de Uclés tratando de entender a los trece caballeros de la Orden de Santiago, adherida a la regla de los agustinos y aprobada por el Papa Alejandro III. He vuelto a andar por Bosnia y Montenegro, como hace 25 años, y recalé en la bahía de Kotor, en Cetinje, donde un iluminado integrista, con la única estrategia del crimen, trata de cambiar el mundo y su destino, con las láminas de la Orthodoxia; **no había libre albedrío, ni predestinación; si algo había aprendido al lado de su padre era que él, Radic Menz, decidía cómo, cuándo, dónde y de qué manera se sucedían las cosas.** He pasado muchos días en la Corticela, **lamiendo mis heridas, como cualquiera de los peregrinos que buscaban una señal de su vida ultraterrena frente al altar.** He vuelto a Beirut, después de siete años, de la mano de un historiador y arqueólogo llamado Thomas Noah, que combatió durante la guerra civil libanesa a finales de los años ochenta, para descubrir que el pasado está escrito, en la piedra, en el papel, y en la memoria; y que aunque dicen que **el tiempo lo cura todo, no es cierto; lo que hace el tiempo es convertirte en inmune al fracaso.**

Y he andado todos estos caminos a causa de un crimen que tuvo lugar en el Monasterio de Uclés, donde apareció asesinado un estudioso medievalista con una moneda dentro de su mano cerrada y cuya investigación ha caído en manos de la Guardia Civil.

Yo nunca imaginé que pudiera hacer algo así; pues rara vez abandono mis lugares comunes de combate o de escritura que son los dos mundos en los que suele devenir mi existencia; pero una invitación a la presentación de un libro, a través de una llamada, me hizo cerrar esos volúmenes por los que suelo navegar, llenos de largas frases subordinadas, adjetivos que crean o matan, verbos que necesitan excesiva compañía y figuras retóricas que juegan con significantes y significados como los prestidigitadores con las mangas de su camisa, y me incitó a abrir el libro de la salamandra que recibí en el buzón de casa: **Por deshacer un enigma, por ver su nombre escrito en la Historia, sería capaz de arriesgarlo todo, incluso la vida de sus amigos.** De los enigmas de la Historia he fiado poco, porque suelen vivir de la oscuridad para que el paso del tiempo nada modifique; y cualquier tipo de cambio nunca llegue a alterar la sociedad que ha creado esos mitos; y **tan sólo la firme voluntad de apretar el gatillo y no dar un paso atrás,** pueden cambiar las cosas, y **donde uno sólo puede vencer si está dispuesto a morir en el intento.** *Orthodoxia* me ha llevado por muchos caminos, los mismos que anduvo Radic Menz, un integrista ortodoxo, que desea encontrar los secretos del Apóstol con la misma vocación con la que los nazis buscaban el Arca de la Alianza: el poder; cuando nadie ignora que

no hay mayor poder que el de la bondad, no hay mayor lucha que la del amor, no hay mayor espacio que la comprensión, ni mayor victoria que la de la entrega. Ninguno de los protagonistas sabe esto, poco importa cuando el mejor de ellos nos dice: ***Yo no necesito salvarme, hace mucho tiempo que vivo condenado.*** Y todo este viaje surgió a causa de una llamada de Ulises, que me invitó a la presentación de un libro, y donde me encontré con el Director del Centro Nacional de Inteligencia y con el responsable de redes sociales del Ejército. A Ulises le contesté diciéndole que iría si los vientos eran favorables y no hacía falta sacrificar a Ifigenia para que la nave que me llevara pudiese bogar, sin espera, hasta la Casa de Galicia. El problema es que rara vez las cosas salen según lo planeado, porque ***si las cosas hubieran salido según lo planeado, estaría en estos momentos dando una conferencia en el Museo Británico de Londres,*** donde todavía esperan mi llegada. Me ha gustado recoger los enigmas del Camino con ***Orthodoxia,*** llenarme la mochila de secretos mientras viajo desde Uclés hasta Santiago de la mano de Sandra, Thomas Noah y Luis Novo, cada uno con su vida y su alma a cuestas, llenas de ese rastro de roces que siempre termina conformando la memoria y, a veces, el porvenir, para entender que todo enigma tiene su origen dentro del alma y no fuera como, normalmente, sugieren nuestros sentidos.